

Capítulo 1  
La vida al vapor  
LA PRIMERA REPÚBLICA DE LA REPÚBLICA  
DOMINICANA, 1844-1861

«*El pueblo está miserable*; —es verdad; pero no tanto como en tiempo de los haitianos», señaló un periodista en Santo Domingo a finales del verano de 1846, dos años después de la Separación. «*El papel-moneda no tiene valor*: tiene más que el de los haitianos», persistió el corresponsal<sup>1</sup>. En la capital dominicana, algunos columnistas condenaban la política haitiana con el fin de externalizar el escrutinio político y así negar el extremo y autoritario drama político que, al mismo tiempo, se desarrollaba en Santo Domingo. Se permitían hacer pronunciamientos considerablemente hiperbólicos: «Nosotros tenemos una Constitución liberal, y un jefe patriota y honrado que la ejecuta puntualmente», se jactó esperanzado un escritor. Según él, el recién separado reduciría las fuerzas militares y mantendría los derechos civiles de todos los ciudadanos<sup>2</sup>. No obstante, la represión y la inseguridad aumentaban. «El público gime en la miseria», admitió otro escritor<sup>3</sup>. Mientras, los soldados se burlaban del nuevo lema dominicano —«Dios, Patria,

---

<sup>1</sup> «Haití», *El Dominicano*, núm. 21, 5 de septiembre de 1846, 81.

<sup>2</sup> «Continuación», *El Dominicano*, núm. 7, 13 de noviembre de 1845, 17-18.

<sup>3</sup> «Clamor Público», *El Dominicano*, núm. 21, 5 de septiembre de 1846, 83.

Libertad»— cambiándolo a «Dios, Patria, Esclavitud, y Carne Flaca»<sup>4</sup>. Los residentes de la capital marcaron el aniversario de la firma de la constitución con «penosa frialdad e indiferencia» y un hombre comparó la nueva república con alguien que moría lentamente de fiebre<sup>5</sup>.

En cuestión de meses entre 1843 y 1845, mientras el poder del presidente Jean-Pierre Boyer se derrumbaba, Haití se fragmentó en dos gestiones. En medio de deprimentes y caóticas circunstancias, los hombres que mantenían las riendas del poder en el este, la recién independiente República Dominicana, fueron en gran medida parte de la misma élite del sur que había trabajado con el régimen de la Unificación. El primer presidente dominicano, Pedro Santana, llegó al poder al frente de un ejército de fieles seguidores de su provincia natal, y su prestigio lo convirtió en un «verdadero señor feudal», observaron algunos de sus contemporáneos<sup>6</sup>. Buenaventura Báez, el hombre que surgió como el principal rival de Santana, era un adinerado terrateniente que había viajado mucho. Báez era un político de alto nivel que asimiló fácilmente el cambio de bandera. La Separación fue fácil, pero la consolidación de un nuevo Estado resultó difícil. En la capital dominicana, un pequeñísimo electorado apoyaba la junta gobernadora, pero su uso de la censura, el exilio y las ejecuciones enfriaron la atmósfera. Alternándose en el poder, Santana y Báez controlaron el Gobierno a base de mano dura. Ambos invocaron el Artículo 210, una cláusula de la constitución que les otorgaba poderes extraordinarios en tiempos de guerra, para dirigir la nación de manera autocrática y restringir la libertad de prensa persiguiendo incansablemente a sus críticos e intercambiando el poder en un patrón continuo de usurpación, corrupción

---

<sup>4</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 1:164.

<sup>5</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:12, 17.

<sup>6</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 01:59; estas tropas, lideradas por caudillos o por milicias de los partidos, eran conocidas en otros lugares por el nombre de *montoneras* (Robert H. Holden, *Armies Without Nations: Public Violence and State Formation in Central America, 1821-1960* (New York: Oxford University Press, 2004), 38).

y venganza<sup>7</sup>. A los espíritus liberales no les quedaba más recurso que quejarse de «la plaga de los partidos»<sup>8</sup>.

Por su parte, la gran mayoría del pueblo dominicano vivía lejos de la capital de forma independiente y dispersa. Ninguna bonanza de exportación o migración interna los puso en una órbita más cercana; tampoco podían las autoridades de Santo Domingo generar los fondos suficientes para expandir su gestión<sup>9</sup>. Los viajes internos resultaban peligrosos y los botes pequeños, yolas o balandras, eran la única forma práctica de llegar a otros pueblos de la costa<sup>10</sup>. Después de décadas de cambios de bandera y de experiencia en independencia rural, la soberanía se había transformado «de lo singular a lo múltiple». Es decir, se convirtió en redes militares regionales, cofradías religiosas, redes familiares, y comercio de ganado, tabaco y madera. No fue sino al final que se adhirió a la presunta gestión de la región sureña<sup>11</sup>. A medida que la Separación se desarrollaba, la idea de una nueva república se limitaba a

---

<sup>7</sup> Andrés Aluma-Cazorla, «Caudillo as the Post-bandit» ensayo presentado en la novena conferencia anual de Latin America and Caribbean Studies, patrocinada por SUNY Stony Brook, New York, 9 de abril del 2010.

<sup>8</sup> Fernando Pérez Memén, *El pensamiento dominicano en la primera república, 1844-1861* (Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1993), 25; Julio G. Campillo Pérez, *Historia electoral dominicana, 1848-1986* 4ta edición (Santo Domingo: Junta Central Electoral, 1986); Julie Cheryl Franks, «Transforming Property: Landholding and Political Rights in the Dominican Sugar Region, 1880-1930» tesis doctoral, SUNY Stony Brook, 1997, 90.

<sup>9</sup> Ricardo D. Salvatore, *Wandering Paysanos: State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era* (Durham, NC: Duke University Press, 2003), 1, 398.

<sup>10</sup> Al proponerse cruzar la isla por tierra, «las personas parecían pensar que el hombre debía o bien estar loco, o que esperaba obtener algún misterioso beneficio de tal viaje», comentó un viajero en 1870 (Samuel Hazard, *Santo Domingo, Past and Present, with a Glimpse at Hayti*, tercera edición (Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1974 [1873], 274).

<sup>11</sup> François-Xavier Guerra citado en Wolfgang Knöbl, «State Building in Western Europe and the Americas in the Long Nineteenth Century: Some Preliminary Considerations» en *State and Nation Making in Latin America and Spain: Republics of the Possible* (New York: Cambridge University Press, 2013), 72.

un puñado de pueblos<sup>12</sup>. Es probable que los residentes se identificaran en diferentes puntos o momentos como «haitiano-españoles», «dominico-españoles», o incluso «ni españoles ni franceses ni haitianos»; lo más común era que adoptaran identidades locales más relevantes<sup>13</sup>. Los residentes de la costa norte mantenían vínculos importantes con Cabo Haitiano, las islas circundantes y redes atlánticas. En el Cibao, los políticos, enriquecidos por el comercio del tabaco, se alejaron de la capital y aspiraron o bien a una federalización del poder o a trasladar la sede del Gobierno totalmente. En el centro de la isla, la impopularidad del emperador de Haití bloqueó solidaridades por un tiempo, pero los habitantes de la zona apenas mostraron fidelidad. En el nuevo Estado dominicano, los conflictos internos se volvieron aún más delicados con el paso de cada año.

Este capítulo describe cómo los ciudadanos hicieron sus vidas en medio de una revolución política y de un intenso acoso ejercido por las potencias extranjeras. Incluso en la capital, pocas personas creían posible mantener la autonomía<sup>14</sup>. Las autoridades británicas, francesas, estadounidenses y españolas intervenían constantemente en los asuntos dominicanos. Competían entre sí por concesiones abusivas, apoyaban proyectos de protectorado, ciudadanía o colonización, manipulaban negociaciones de tratados, se entrometían en las luchas políticas internas, exigían indemnizaciones, y enviaban buques de guerra en señal de amenaza. En fin, intervenían agresivamente, velando por sus propios intereses a la vez que se negaban a reconocer al nuevo Estado.

---

<sup>12</sup> Marte, «La oralidad sobre el pasado insular», 41.

<sup>13</sup> Marte, «La oralidad sobre el pasado insular», 34. El gentilicio «españoles» fue también comúnmente utilizado en Haití a nivel popular; el emperador Soulouque a menudo se refirió simplemente a «la parte oriental» (Pablo de Urrutia al Cap. Gen. de Cuba, 6 de noviembre de 1858, ANC: AP 224, Expdte. 13). Otros investigadores hacen hincapié en que los líderes invocaban términos de consenso político (compatriotas) precisamente porque la idea de la unidad territorial era débil (Mella, *Los espejos de Duarte*, 216).

<sup>14</sup> Vicioso, *El freno hatero*, 333.

A medida que las figuras políticas de la capital aumentaban sus negociaciones con estas potencias, el pueblo participaba en debates activos sobre identidad y ciudadanía. Ansiosas por su futuro, las comunidades dominicanas en múltiples zonas respondieron a esta situación con vigilancia constante, frecuentes protestas y advertencias sobre la esclavitud. En algunas ocasiones, en espacios rurales de la zona centro de la isla —donde décadas de comercio, viajes y conexión política los vinculaban a Haití— algunos militares locales lograron que un puñado de residentes de la región se les uniera en sus tramas de reunificación de la isla<sup>15</sup>. Con el paso de los años, la fragilidad misma del Gobierno dominicano, sacudido por las riñas políticas, la crisis económica y la creciente agresión imperial, hizo más urgentes estos pactos. Así, se fue debilitando el control de la capital sobre el territorio.

### Reforma y Separación, 1843-1846

La Unificación de toda la isla, iniciada a principios de 1822, se prolongó por dos décadas bajo el Gobierno del presidente Boyer. A partir de la abolición de la esclavitud, luego de declarada la Unificación, muchos continuaron viviendo sus vidas como antes<sup>16</sup>. En los poblados, la gestión tuvo un impacto desigual —el Gobierno empleó a varios cientos de funcionarios en la capital dominicana y docenas en otras localidades. Gran parte de la administración cotidiana continuó

---

<sup>15</sup> En este libro uso la frase «zona centro» para referir a las regiones complejas y variables que se extienden desde la línea noroeste hacia las montañas y valles centrales y el sur profundo. Intencionalmente, empleo dicha frase para interrumpir la teleología de una «frontera» fija en este período. Para más discusión ver: Anne Eller, «It Is Going to Rain Blood: Spiritual Power, Gendered Violence, and Anti-Colonial Lives in the Nineteenth-Century Dominican Borderlands». *Hispanic American Historical Review* 99:3 (agosto, 2019), pp. 431-465.

<sup>16</sup> Lora Hugí, *Transición*, 130; Pedro Luis San Miguel, *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960* (Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1997), 44.

llevándose a cabo en español<sup>17</sup>. Figuras prominentes como Manuel Joaquín Delmonte elogiaron al régimen con fervor. «Brindar todos de acuerdo en este día de dicha, por que se apriete más el nudo que nos ata para siempre», insistió, escribiendo desde una logia masónica de Azua apropiadamente llamada «La Armonía Perfecta»<sup>18</sup>. Los regimientos de soldados negros que se habían formado antes de la Unificación en la capital y sus alrededores, vieron sus filas aumentadas y disfrutaron de mayor estatus<sup>19</sup>. Un viajero comentó que los vecinos negros del este habían forjado «el más estrecho de los vínculos» con soldados y funcionarios haitianos durante la Unificación<sup>20</sup>. En el valle del Cibao, los comerciantes de tabaco, entre otras personas, se beneficiaron de la estabilidad y del apoyo del Gobierno<sup>21</sup>. En áreas rurales, el alcance del

---

<sup>17</sup> Después de 1824, solo los documentos del Estado se redactaron en francés y solo se empleaban escribanos franceses (*greffiers*) en la capital dominicana (de Granda, «Un caso de planeamiento lingüístico frustrado», 193, 199-201, 203; Lora Hugí, *Transición*, 48-49). En casi todas las «Sentencias Penales de la Época Haitiana» reeditadas en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 79-87 (1953-1955), los casos se llevan a cabo en español; la única excepción es cuando los acusados tienen apellidos franceses/haitianos.

<sup>18</sup> Vicioso, *El freno hatero*, 139. También fue un prolífico poeta a favor del régimen de Boyer; por ejemplo, de Granda, «Un caso de planeamiento lingüístico frustrado», 209.

<sup>19</sup> El Regimiento 31 de Pablo Alí, conocido como el «Batallón de los Morenos, estaba compuesto de «dos compañías negras que existían. . . antes de la emancipación de 1822». Boyer creó el Regimiento 32 para los libertos después de 1822 que estuvo compuesto de «africanos y jóvenes de la ciudad» (Madiou, *Histoire d'Haïti*, 95; Mella, *Los espejos de Duarte*, 200-201). Había otro regimiento específicamente negro en San Cristóbal (Mella, *Los espejos de Duarte*, 199).

<sup>20</sup> David Dixon Porter, *Diario de una misión secreta a Santo Domingo (1846)* (Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1978), 28.

<sup>21</sup> Lora Hugí, *Transición*, 46; Jimenes Grullón, *La República Dominicana*, 132. La producción de tabaco casi se cuadruplicó en el Cibao, aunque la tecnología agrícola seguía siendo bastante primitiva; las exportaciones de madera también aumentaron significativamente (Betances, «Agrarian Transformation», 61). Los observadores contemporáneos atestiguaron que el comercio del ganado de este a oeste aumentó y que el comercio desde Cabo Haitiano, Gonaïves, Saint Marc, Puerto Príncipe y Jacmel se extendió a algunos centros del este («American Intrigues in St. Domingo, II», *The Anti-Slavery Reporter* 7, núm. 2 [1859]: 29-31).

Estado era mínimo<sup>22</sup>. Sin embargo, con el paso de los años, mientras observadores externos continuaban sus implacables críticas contra el régimen de Boyer, fueron surgiendo fisuras políticas cada vez más importantes<sup>23</sup>. El estilo autocrático de Boyer, la carga política y económica de la llamada deuda de indemnización a Francia, las divisiones regionales y una pluralidad de otras quejas hicieron que el creciente número de opositores políticos fuera cada vez mayor<sup>24</sup>. Más tarde, los periódicos dominicanos culparían del declive a una administración parásita y a una clase gobernante y militar inflada<sup>25</sup>. Los análisis ulteriores alegaron que los allegados de Boyer lo habían protegido de

---

<sup>22</sup> Las narrativas tradicionales enfatizan el impacto del Código Rural de Boyer de 1826, argumentan que el Código tuvo efectos generalizados y onerosos (Frank Moya Pons, «The Land Question in Haiti and Santo Domingo» en *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1985) ). Una vez más, el estudio de Lora Hugi sobre Higüey es instructivo. En Higüey, pasaron meses antes de que juraran nuevos funcionarios y Boyer nunca viajó a la provincia. Lora Hugi demuestra que las autoridades no hicieron cumplir los códigos de vagancia, los pases de viaje fueron pocos y las prácticas de tierras comunales continuaron sin interrupción (Lora Hugi, *Transición*, 55-56, 73, 128, 130, 143). En una colección de decenas de casos de la capital, solo surge un caso de vagancia, en el caso de un robo agravante («Causa contra Pedro Manuel», *BAGN*, núm. 83 [1954], 402-4).

<sup>23</sup> Schoelcher, *Abolition de l'esclavage: Examen critique du préjugé contre la couleur des africains et des sang-mêlés* (París: Pagnerre, 1840).

<sup>24</sup> La indemnización provocó complicaciones nacionales e internacionales inmediatas. Por decreto, en abril de 1826, cada comuna debía proporcionar 3 millones de *gourdes*, una cantidad que pronto se reduciría en un tercio. La comisión especial de Higüey, no convocada hasta el verano siguiente, reunió solamente varios cientos de pesos en donaciones voluntarias; no es inmediatamente evidente cuánto más se recaudó a través de impuestos o aranceles. En 1828, los ciudadanos estaban exentos de impuestos individuales (aunque parece que esto se restableció en 1829). Numerosos ajustes resaltan la imposibilidad pragmática, política y económica de pagar tal suma (Lora Hugi, *Transición*, 122-24).

<sup>25</sup> «Reflexiones Políticas sobre la cuestión de Haiti», *El Dominicano*, núm. 4, 1 de noviembre 1845, 13. En el oeste, un viajero observó en 1837 que los guardias a menudo se sobrepasaban en el ejercicio de su autoridad diaria. Lo que prevalecía era un «espíritu militar peligroso» de carácter antidemocrático y un «motor de miedo para cualquier gobierno» (Jonathan Brown, *The History and Present Condition of St. Domingo*, vol. 2 (Philadelphia: Wm. Marshall and Company, 1837), 2:268).

los rumores de descontento durante años<sup>26</sup>. A principios de los años cuarenta, un grupo importante de Santo Domingo, que incluía a Delmonte y otros antiguos partidarios de la Unificación, empezó a apoyar la Separación. Simultáneamente, en el oeste, las voces opositoras a Boyer se hicieron cada vez más fuertes.

Un desastre natural aceleró la fractura, como si anunciara un ajuste de cuentas providencial. El 7 de mayo de 1842, un masivo terremoto golpeó el corazón de Haití. Parecía el apocalipsis. Un observador describió, horrorizado, que por toda la isla «ni una piedra quedó sobre otra». La calamidad destruyó casas, iglesias y negocios y dejó a miles de edificios más al borde del colapso. Los sobrevivientes quedaron rodeados por la devastación. En la costa norte, desde Port-de-Paix hasta Monte Cristi, un maremoto inundó los poblados, los ríos se desbordaron y el diluvio cubrió siembras enteras. Las violentas réplicas «asustaron a la gente que se desesperó más» mientras que la capital de la isla, Puerto Príncipe, ardió día y noche<sup>27</sup>. Un poeta en el este escribió: «Les diré el horror, la muerte, las lágrimas, el caos interminable en el que se ha hundido la miserable nación de Haití». «¡Qué confusión! ¡Qué horror! ¡Qué susto!» continuó, describiendo el temor religioso que el evento había provocado, así como el «orgullo imprudente» de sus compatriotas, que ahora quedaban absorbidos en el horrible estruendo<sup>28</sup>. Ese verano, llegó un huracán. A principios del año siguiente, Puerto Príncipe volvió a incendiarse<sup>29</sup>.

---

<sup>26</sup> «Reflexiones Políticas sobre la cuestión de Haiti», *El Dominicano*, núm. 4, 1 de noviembre 1845, 14.

<sup>27</sup> Carlos Nouel, «El terremoto de 1842» en *Antología de la prosa dominicana, 1844-1944* (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1987), 99-100.

<sup>28</sup> Juan José Illás, «El terremoto del 7 de mayo del año 1842» en *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo: Notas y adiciones de Vetilio Alfau Durán* (Santo Domingo: Editora Taller, 1980), 67.

<sup>29</sup> *Hispaniola, Hayti*, 24.





Imagen 1.1 Atribuida a Domingo Echavarría (1805-1849), «Terremoto en la isla de Haití», 1842. Colección bibliográfica J. R. Márquez, Santo Domingo.

El régimen de Boyer, que ya comenzaba a colapsar, se desmoronó rápidamente. De acuerdo con algunos testigos, «el fervor [político]... se extendió por cada rincón como una epidemia»<sup>30</sup>. Entre los que competían por el poder se encontraban liberales de toda la isla, tanto dominicanos a favor de una separación como los que proponían una anexión extranjera, ambiciosas figuras militares de diversas alianzas, prominentes familias del sur de Haití, así como una creciente oposición campesina en el suroeste. A finales de los años treinta, un puñado de nacionalistas dominicanos acababa de regresar a Santo Domingo

<sup>30</sup> *Hispaniola, Hayti*, 30.

desde San Juan, inspirados por el descontento liberal y los clamores en favor de la independencia<sup>31</sup>. Al llegar, se unieron a una sociedad secreta en la capital, Los Trinitarios, cuyos miembros formaban un pequeño grupo de la élite urbana unido por lazos familiares y geográficos<sup>32</sup>. Sus críticas a la gestión de Unificación empezaron con tono moderado pero se fueron articulando cada vez más con términos nacionalistas. También proliferaron otros planes como la renegociación de los términos de una federación. Posteriormente, unos comentaristas dominicanos habrían de recordar con claridad las posibilidades del momento. Uno escribiría: «Me parece que Boyer conocía mejor el verdadero camino hacia la felicidad para todos los haitianos», y concluyó que «sólo estaba equivocado en una cosa: no haber fundado la unión de los dos pueblos sobre una base más equitativa y ventajosa, como por ejemplo, una confederación»<sup>33</sup>.

Desde distintos lugares, los anti-boyeristas intentaron salvar la idea de una federación. En Les Cayes (Los Cayos), unos reformistas haitianos y dominicanos formaron la Sociedad de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, con la meta de introducir cambios gubernamentales de gran alcance<sup>34</sup>. En una convención constitucional en Puerto Príncipe, el diputado de Puerto Plata, Federico Peralta y Rodríguez, habló con revolucionaria franqueza de «la opresión más atroz... y la ruina total» de muchas familias prominentes, pero también expresó entusiasmo por las reformas propuestas, que eran «tan liberales, tan

---

<sup>31</sup> José Antioe Fiallo Billini, «La construcción antillanista: Insinuaciones para una estrategia geopolítica» ensayo presentado en «El Primer Seminario Internacional sobre Pensamiento Antillanista» (Santo Domingo, 25 de noviembre del 2004).

<sup>32</sup> Edwin Rafael Espinal Hernández, «Familiaridad y consanguinidad en el movimiento independentista». El grupo se había disuelto incluso antes de que se realizara la Separación (José G. Guerrero, «El pensamiento conservador en el siglo XIX» en *Retrospectiva y perspectiva del pensamiento político dominicano*, 79-138 (Santo Domingo: Editora Corripio, 2009), 114).

<sup>33</sup> Pedro Bonó citado en Castro Ventura, *Duarte en la proa*, 47.

<sup>34</sup> Redactaron el Manifiesto de Praslin, que lleva el nombre de la propiedad de Charles Hérard en las afueras de Les Cayes. (Sheller, «Army of Sufferers», 42).

demócratas». Junto a otros funcionarios, esperaba serios cambios constitucionales<sup>35</sup>. Intentando salvar la unión, los reformistas redactaron una Constitución haitiano-dominicana con principios inequívocamente liberales que otorgaba mucho más poder a la rama legislativa, abolía la presidencia vitalicia y reducía el Ejército. Esperaban mantener y fortalecer la unidad de la isla, proponiendo una escuela nacional trilingüe (inglés, español y francés)<sup>36</sup>. Mientras tanto, en la ciudad de Santo Domingo, unos líderes haitianos, Alcuis Ponthieux y el general Étienne Desgrotte, conspiraron junto con miembros de la Trinitaria para tomar el fuerte de la ciudad en la primavera de 1843. Sin embargo, ninguna movilización se materializó. En un acto de solidaridad en el suroeste, unos regimientos haitianos enteros abandonaron sus filas ante la impopular campaña de Boyer de aplastar la conspiración campesina que ahí se tramaba<sup>37</sup>. En febrero de 1843, Boyer huyó a Jamaica, poniendo fin a más de dos décadas de gobierno.

Sin embargo, a medida que pasaban los meses, los disturbios políticos aumentaban. El general Charles Rivière-Hérard empezó a

---

<sup>35</sup> Citado en Emilio Rodríguez Demorizi, *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822* (Ciudad Trujillo [Santo Domingo]: Editora del Caribe, 1955), 302.

<sup>36</sup> «Informe del General Charles Hérard *ainé*» en Rodríguez Demorizi, *Invasiones haitianas*, 285. Asistieron quince delegados de Puerto Plata y otros pueblos del este (Lockward, *La Constitución Haitiano-Dominicana*, 17; Rodríguez Demorizi, *Invasiones haitianas*, 286). Los representantes de los grandes terratenientes, como el futuro presidente y caudillo dominicano, Buenaventura Báez, presionaron para levantar las limitaciones de adquisición de tierra y la ciudadanía; el historiador Franklin Franco Pichardo observa que Báez se preocupaba por los intereses de aproximadamente el 5 por ciento de la élite del este, antiguos dueños de esclavos con grandes propiedades, y que, por tanto, el debate era necesariamente un «tema delicado» (*El pensamiento dominicano, 1780-1940* (Santo Domingo: UASD, 2001), 97; sobre propiedad y ciudadanía, ver también Charles R. Venator Santiago, «Race, Nation-Building and Legal Transculturation during the Haitian Unification Period (1822-1844): Towards a Haitian Perspective», *Florida Journal of International Law* 16, núm. 3 (septiembre 2004)). Otros académicos sostienen que el descontento fue más generalizado y que «la represión de Boyer en general y la marginación del este» aseguraron la popularidad de la Separación (Venator Santiago, «Race, the East, and Haitian Revolutionary Ideology», 112).

<sup>37</sup> Sheller, «Army of Sufferers», 42.

imponerse sobre las propuestas de reformas, proclamándose finalmente presidente de Haití. Primero recibió al trinitario Matías Ramón Mella, quien venía como emisario, pero luego lo encarceló y se movilizó para aplastar otras propuestas de reformas. Los campesinos haitianos del sur condenaron esta traición del general y se movilaron de manera independiente en un movimiento que se conoció como la Rebelión de Piquet<sup>38</sup>. Una canción popular de la época reprendía al que había usurpado el puesto presidencial:

¡El Presidente Rivière era bizco!  
 ¡Pensó que era el rey!  
 ¡Pensó que era el rey!  
 ¡Pensó que era el rey!<sup>39</sup>

Algunos comentaristas dominicanos se hicieron eco de esta consternación. Un editorial criticó la Constitución de Rivière de enero de 1844 y lo reprendió por sus excesos, calificándolo de «dictador bajo el título liberal de presidente»<sup>40</sup>. «[Sin nuestra cooperación] la revolución [contra Boyer] no hubiera pasado de un proyecto loco», reflexionó otro columnista dominicano desilusionado. «¿Y cuál fue, pues, el premio...? ¿Cuáles [fueron] las consideraciones, el respeto, las mejoras, las garantías, en fin, de imprescriptible derecho? ¡Oscuros calabozos de Puerto Príncipe!»<sup>41</sup>.

Visto que muchos políticos dominicanos se encontraban divididos entre la idea de la Separación y la de un protectorado francés, la

<sup>38</sup> John Baur afirma que Soulouque buscó su alianza en años posteriores, pero no pudo satisfacer las demandas de «sesenta fanegas de tierra cada uno. . . y casas para sus oficiales» (John Baur, «Faustin Soulouque, Emperor of Haiti: His Character and His Reign», *The Americas* 6, núm. 2 (1949), 136).

<sup>39</sup> Harold Courlander, *A Treasury of Afro-American Folklore* (Cambridge, MA: Da Capo Press, 2002), 47.

<sup>40</sup> «Continuación. . . », *El Dominicano*, núm. 7, 13 de Noviembre de 1845, 17.

<sup>41</sup> «Haití», *El Dominicano*, núm. 2, 8 de octubre de 1845, 2. El periódico se quejaba de que él era «el más ridículo, el más despótico, el más bárbaro» de todos los líderes.

interferencia francesa se comenzaba a sentir. Desde Puerto Príncipe, un azuano prominente, Buenaventura Báez, trató de sabotear los complots de otros. Mientras advertía a Rivière de los planes de la oposición dominicana, trataba de conspirar a su vez en pos de un protectorado francés. Continuó haciéndolo con empeño después de convertirse en alcalde de Azua<sup>42</sup>. En este pueblo, los dominicanos afrancesados tenían su propia bandera de rayas verticales rojas y blancas, con un pequeño tricolor en la esquina superior izquierda<sup>43</sup>. En realidad, la demanda de los azuanos a favor de la anexión francesa constituyó el llamamiento más definido para una separación total de Haití. Los autores de una declaración de separación hecha en la capital dominicana solo pedían la autonomía provincial<sup>44</sup>. Mientras, desde El Seybo, el prominente hacendado Pedro Santana montó una movilización militar para separarse de Haití, reuniendo a una banda de peones y campesinos de su provincia. Santana escribió confidencialmente que temía que muchos dominicanos se opusieran a la separación e incluso es posible que él haya prestado su apoyo a la causa francesa por un breve momento<sup>45</sup>.

Los funcionarios franceses alentaron los planes de un protectorado dominicano, pero insistieron en que los residentes del este continuaran pagando la indemnización de Haití. Adoptando una actitud amenazadora y oportunista, propusieron la cesión de la península de Samaná como forma de pago<sup>46</sup>. Los diplomáticos se sentían seguros de que el plan pudiera efectuarse en cuestión de semanas<sup>47</sup>. Tanto los defensores

---

<sup>42</sup> Welles, *Naboth's Vineyard*, 68.

<sup>43</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:83.

<sup>44</sup> Vicioso, *El freno hatero*, 136.

<sup>45</sup> Mella, *Los espejos de Duarte*, 185. Sobre los dominicanos que lucharon por la Unificación ver la carta especulativa de Santana al respecto, citada en Welles, *Naboth's Vineyard*, 68-69.

<sup>46</sup> Copiador, 1º de enero de 1845; Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 55.

<sup>47</sup> El cónsul francés, André-Nicolas Levasseur, reportó que un pequeño grupo de políticos haitianos recurrieron a él exactamente al mismo tiempo (Jean-François Brière, *Haiti et La France, 1804-48: Le rêve brisé* (París: Editions Karthala, 2008), 292-94).

de la Unificación como del protectorado vacilaron; la llamada indemnización, que tanto había hecho plaga en el escenario político haitiano, seguía siendo un punto de conflicto importante, incluso para los defensores de la reforma. En Cabo Haitiano, los separatistas hicieron un llamado de última hora para formar una nueva unión dominico-haitiana del norte. Liberaron a todos los prisioneros dominicanos que se encontraban en Cabo Haitiano, diseñaron una nueva bandera roja y azul con una estrella en el centro y enviaron propuestas a pueblos del centro y norte de la República Dominicana a fin de crear una alianza federativa. Sin embargo, a los observadores en el este les preocupaba que un choque con Francia fuera inminente. La unidad les parecía demasiado costosa<sup>48</sup>.

La secesión se desarrolló en la capital dominicana sin sobresaltos y se extendió a otros pueblos. El 27 de febrero de 1844, un grupo de dominicanos proclamó la Separación en Santo Domingo casi sin incidentes, ya que la mayoría de las tropas occidentales ya había partido. Varios residentes haitianos en la ciudad apoyaron abiertamente el movimiento separatista, mientras que un puñado de residentes dominicanos, en cambio, se fue a Santo Tomás para evitar tomar partido<sup>49</sup>. La secesión oficial se produjo al día siguiente con un cordial acuerdo de retirada que detallaba garantías de propiedad, respeto, dignidad y «franqueza y lealtad» en ambos lados<sup>50</sup>. En marzo, los líderes principales de varios pueblos cibaños y de otros lugares se declararon a favor de una nueva república oriental. Cuando la noticia llegó a Haití, el presidente Rivière inició una movilización. En su intento por llegar a la capital dominicana ocupó Azua, donde Santana lo derrotó. Los dominicanos también derrotaron rápidamente a otro general haitiano

---

<sup>48</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 74, 100.

<sup>49</sup> Antonio José Ignacio Guerra Sosa, «Familias Haitianas al Servicio de Nuestra Independencia», *Sección Sabatina del Diario Hoy*, 10 de diciembre del 2005; Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 161-62.

<sup>50</sup> Madiou, *Histoire d'Haïti*, 99, 103.



en Santiago. Durante esa primavera en pueblos fronterizos, una serie de pequeñas escaramuzas no llegaron a mucho. Algunos pueblos del centro cambiaron de manos varias veces, pero los encuentros a menudo solo involucraban pequeños grupos de soldados<sup>51</sup>. Los campesinos haitianos del sur, todavía metidos en su propia movilización democrática, observaron con satisfacción la derrota de Rivière a manos de los dominicanos. Salió una canción de burla: «¡Los españoles lo persiguieron y corrió como un perro detrás de una carroña fresca!»<sup>52</sup> Al perder en todas partes, Rivière fue derrocado en mayo de 1844. Él también se fue a Jamaica<sup>53</sup>.

Tal como ha observado Pablo Mella, las narrativas tradicionales mantienen una conspiración de silencio sobre el racismo dominicano y las divisiones de clase, enmarcando la incertidumbre de 1844 como

---

<sup>51</sup> A pesar de los estimados apócrifos (y ampliamente variantes) del número de hombres involucrados en estos y otros encuentros, las fuerzas haitianas, reunidas por conscripción, estaban en declive y lo habían estado durante algunos años (Candler, *Brief Notices of Hayti*, 93; Mark Baker Bird, *The Black Man; Or, Haytian Independence* (New York: American News Company, 1869), 187, 284; Cap. Cayetano Pilon a la Reina, Puerto Rico 4 de febrero de 1845, AMAE: Política exterior: RD 2373, Expdte. s/n.; sobre los distintos estimados, comparar, por ejemplo, Rodríguez Demorizi, *Guerra dominico-haitiana: Documentos para su estudio* (Ciudad Trujillo [Santo Domingo]: Impresora Dominicana, 1957), 22; Cristobal Robles-Muñoz, *Paz en Santo Domingo, 1854-1865: El fracaso de la anexión a España* (Madrid: Centro de Estudios Históricos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987), 66). Los caminos a lo largo de la isla a menudo eran infranqueables para carretas y carruajes y, después de una lluvia, eran intransitables incluso a pie, mucho menos por grupos de fuerzas que viajan largas distancias y que podían haberse estado alimentando a sí mismas (Brown, *History and Present Condition of Santo Domingo*, 2: 266; Maxime Raybaud (Gustave d'Alaux), *Soulouque et son empire* (París: Michel Lévy, 1856), 274, 308; Baur, «Faustin Soulouque», 142). Los informes dominicanos fueron claros sobre el número extremadamente pequeño de personas involucradas en la mayoría de los incidentes (incluso cuando exageraban las historias de heroísmo y cobardía). *El Dominicano* (núm. 11, 28 de noviembre de 1846, 43) reconoció que incluso en la famosa batalla de Santana del 19 de marzo de 1844 en Azua participaron solo «un puñado de patriotas».

<sup>52</sup> Courlander, *Treasury of Afro-American Folklore*, 47.

<sup>53</sup> Para más información sobre la comunidad de exiliados haitianos en Jamaica, ver: Smith, *Liberty, Fraternity, Exile: Haiti and Jamaica after Emancipation* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014).

un mero conflicto entre facciones «liberales» y «conservadoras»<sup>54</sup>. Por supuesto, dentro de la pequeña clase política formal existía una pluralidad de posiciones y las élites regionales en el Cibao también deseaban el poder. Sin embargo, las divisiones entre la pequeña élite que asumía el poder en la capital y la mayoría de los dominicanos fueron mucho más prominentes que esas diferencias. Esta pequeña élite en la capital estaba compuesta por hombres que la mayoría llamaba «españoles blancos» y que muchos residentes consideraban como un grupo casi extranjero<sup>55</sup>. De manera desafiante, la Junta de Separación convocó sus reuniones solo para blancos y los emisarios del Gobierno alardearon ante las autoridades extranjeras de que habían sido los blancos quienes habían liderado la Separación<sup>56</sup>. En una reunión, el liberal Juan Pablo Duarte propuso una enmienda escrita que sostenía que «La unidad de la raza... es uno de los principios fundamentales de nuestra asociación política», sin embargo, para su alarma, otros participantes destrozaron la propuesta<sup>57</sup>. Santana, quien tenía el mando militar en la capital, se alineó con estos blancos prominentes, quienes solicitaban a las potencias extranjeras el reconocimiento, la anexión y la inmigración blanca al mismo tiempo<sup>58</sup>. La colusión de Santana con estas élites disgustó y preocupó a destacados oficiales militares de color en la capital, incluso a aquellos que lo habían apoyado anteriormente<sup>59</sup>. Los residentes de

---

<sup>54</sup> Mella, *Los espejos de Duarte*, 58.

<sup>55</sup> Mella, *Los espejos de Duarte*, 153.

<sup>56</sup> Franco Pichardo, «Remanentes ideológicos», 83. El emisario viajero era el Dr. José María Caminero, nacido en Santiago de Cuba, que había servido como intérprete y político durante la Unificación (Martínez, *Diccionario*, 98; Lockward, *Documentos*, xlv; Rayfoed W. Logan, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti, 1776-1891* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1941), 238).

<sup>57</sup> Franco Pichardo, «Remanentes ideológicos», 83.

<sup>58</sup> Caminero intentó negociar con los Estados Unidos un tratado comercial que también buscaba atraer inmigrantes blancos a la isla (Mu-Kien Sang Ben, *La política exterior dominicana, 1844-1961*, vol. 1 (Santo Domingo: Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores de la República Dominicana, 2000), 37).

<sup>59</sup> Franco Pichardo, «Remanentes ideológicos», 85; Mella, *Los espejos de Duarte*, 191-92.



la ciudad estaban convencidos de que el grupo estaba considerando restablecer la esclavitud, ya sea en una nueva federación similar a la de la Gran Colombia, como había sido el movimiento de separación a favor de la esclavitud de 1821, o a través de un protectorado francés<sup>60</sup>. Santiago Basora, un coronel del Batallón Africano, bloqueó la entrada de las fuerzas separatistas a la capital<sup>61</sup>. El general José Joaquín Puello, un destacado oficial del período de la Unificación, se unió a Duarte y a otros para difundir la alerta entre soldados y ciudadanos.

La tensión entre este pequeño grupo gobernante y los regimientos negros de la ciudad y otros ciudadanos, alcanzó su punto máximo durante el verano. Para contrarrestar al general Puello y silenciar a los residentes de la ciudad temerosos de la esclavitud, Santana llegó a la ciudad con dos mil de sus propios seguidores. Logrando un tenso acuerdo, Santana permitió que Puello mantuviera el mando de la plaza y varios de los miembros de la Junta más abiertamente racistas renunciaron<sup>62</sup>. En julio, el grupo gobernante publicó un decreto que reafirmó la abolición de la esclavitud. Más tarde, ese mismo mes, un alboroto estalló nuevamente en la capital cuando un adinerado dueño de plantación llegó a la capital desde Puerto Rico con la intención de capturar a nueve hombres que se habían escapado en busca de su libertad. El grupo de hombres, que ya se había unido al regimiento negro de la ciudad, reconoció a su antiguo amo en la calle. Un gran grupo de dominicanos armados los ayudó a acorralarlo en una casa privada. Los protectores de los hombres casi atacaron a Santana cuando este llegó al rescate del supuesto amo. Santana prometió encarcelarlo pero en realidad lo ayudó a escapar en un bote al amparo de la noche. Santana pasó a la ofensiva y decidió neutralizar por completo los regimientos negros, despachó a muchos de ellos hacia la frontera «con amplias promesas

---

<sup>60</sup> Mella, *Los espejos de Duarte*, 152.

<sup>61</sup> Franklin José Franco Pichardo, *Los negros, los mulatos y la nación dominicana* (Santo Domingo: Editora Nacional, 1970), 161; Madiou, *Histoire d'Haïti*, 99.

<sup>62</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 114, 116, 135, 138.

sobre su continua libertad»<sup>63</sup>. Para tranquilizar a los residentes de la ciudad, la Junta reiteró una vez más que Santo Domingo permanecería siendo un territorio libre de esclavitud y decretó que cualquier dominicano que montara un viaje de esclavos sería calificado de pirata, juzgado y ejecutado<sup>64</sup>. Sin embargo, asumiendo el título de «Jefe Supremo de la República», Santana expulsó y exilió a varios legisladores reformistas. Unos observadores locales continuaron reportando que el Gobierno, aparte de Santana, se componía solamente de blancos<sup>65</sup>.

Las familias y los soldados en las afueras de la capital y en el centro de la isla le dieron su respaldo a la oposición, desconfiaron del nuevo Gobierno dominicano y continuaron apoyando la Unificación. Hasta finales de julio de 1845, varios hombres en Santa María se negaron a unirse a las nuevas fuerzas dominicanas, convencidos de que el proyecto era restablecer la esclavitud<sup>66</sup>. Los partidarios de la Unificación levantaron la bandera haitiana en San Juan, Las Matas y Bánica en 1846 mientras que las autoridades de la capital los persiguieron e hicieron arrestos lo mejor que pudieron. En la primavera del año siguiente, en estos mismos pueblos centrales los rumores de intriga en pos de la Unificación volvieron a aumentar. Un testigo señaló que solo la «fuerza bruta» pacificó estos pueblos<sup>67</sup>. En los meses siguientes, algunos oficiales militares cambiaron de bando, para volver a apoyar la Unificación<sup>68</sup>. Los arrestos continuaron en la frontera y en la capital y abundaron los rumores. En el transcurso del año, Santana ejecutó a varios destacados trinitarios y militares de color en la capital, incluyendo al general José

---

<sup>63</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 142, 145.

<sup>64</sup> Wenceslao Vega Boyrie, «La labor legislativa de la Junta Central Gubernativa, marzo-octubre de 1844», *Clío* 175 (2008), 206.

<sup>65</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:39.

<sup>66</sup> Fradique Lizardo, *Cultura africana en Santo Domingo* (Santo Domingo: Editora Taller, 1979), 68.

<sup>67</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:15, 21, 28.

<sup>68</sup> «Comunicado», *El Dominicano*, núm. 12, 15 de febrero de 1846, 46. El teniente coronel Simón había desertado a Santo Tomás, pero más tarde fue capturado en Puerto Plata y condenado a morir por una comisión militar especial.

Joaquín Puello y a su hermano Gabino, justo antes de Navidad. La lucha por el poder había llegado a un momento dramático. Las élites locales, incluso los defensores de un protectorado francés, estaban satisfechas con las ejecuciones. Los biógrafos recalitrantes declararían más tarde que Puello era simplemente «arrogante» y «hostil a la raza blanca»<sup>69</sup>.

A finales de año, una pequeña gestión se solidificó finalmente alrededor de Santana, quien gobernó autocráticamente. Para formar la nueva Constitución dominicana, los legisladores copiaron directamente 113 artículos de la extinta reforma de la Constitución de 1843 propuesta en Puerto Príncipe<sup>70</sup>. Mantuvieron gran parte del Código Civil, pero atacaron los principios del matrimonio civil y del divorcio, así como la reciente expansión de los derechos de propiedad de las mujeres<sup>71</sup>. Mientras tanto, Santana constituyó su gabinete nombrando a sus seguidores más leales. Las autoridades de la Unificación habían confiscado como propiedad del Estado ciertas tierras de la Iglesia localizadas en los alrededores de la capital. En vez de devolverlas a la Iglesia, Santana mantuvo el control sobre estas propiedades y simplemente las distribuyó entre sus partidarios<sup>72</sup>. Santana perseguía a sus oponentes, reales y supuestos, rápidamente y sin piedad. Algunos escribieron

---

<sup>69</sup> Víctor Garrido, *Los Puello* (Santo Domingo: Editora Taller, 1974), 87, 93.

<sup>70</sup> Lockward, *La constitución haitiano-dominicana*, 16.

<sup>71</sup> Lora Hugi, «Las mujeres anónimas», 90; Luis Martínez-Fernández, «The Sword and the Crucifix: Church-State Relations and Nationality in the Nineteenth-Century Dominican Republic» en *Latin American Research Review* 30, núm. 1 (1995). Los hombres prominentes involucrados en la Separación parecían haber tomado el tema del reconocimiento legal de las mujeres, recientemente otorgado en toda la isla, como una afrenta directa, un punto de acuerdo que compartían con los funcionarios católicos de la ciudad (que eran una cuarta parte de los firmantes del manifiesto de Separación). Al divorciarse de su esposa, Guadalupe Heredia, José María Caminero se enfureció porque las autoridades haitianas fueron «parciales» con ella en el proceso de resolución (Lockward, *Documentos*, xlv). Las administraciones dominicanas subsiguientes atacaron los matrimonios civiles en cuatro ocasiones separadas (Lockward, *Documentos*, xlv, 135; Martínez-Fernández, «The Sword and the Crucifix», 76, 79, 82).

<sup>72</sup> Harry Hoetink, *The Dominican People, 1850-1900: Notes for a Historical Sociology* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1982), 89.

poesía angustiada desde el exilio<sup>73</sup>. Algunos observadores describieron la gestión de Santana como una «familia» jerárquica y sus fuerzas (que en su mayoría provenían del Seybo) como sus «secuaces»<sup>74</sup>. Mientras un columnista exaltaba el nombre de Santana como un nombre «tiero y dulce», alguien escribía un poema sobre el «abuso de un padre» que implícitamente criticaba al temido presidente<sup>75</sup>. Mientras, el arzobispo Tomás de Portes amenazó con excomulgar a los oponentes de Santana<sup>76</sup>. Santana ejercía su poder militar constantemente y justificaba su mano dura con el pretexto de una guerra permanente con Haití. Varios testigos no estaban convencidos del pretexto de Santana para justificar su dictadura. Un funcionario español escribió: «La Guerra con los Haitianos preocupando los espíritus débiles sirve de pretexto a los mal intencionados y a los egoístas para beneficiarse de la revolución a la exclusive»<sup>77</sup>.

El resto del proceso de Separación ocurrió sin sobresaltos. Un breve sucesor de Rivière, el general Jean-Louis Michel Pierrot, intentó una campaña militar para tomar la capital dominicana. Los columnistas dominicanos apelaron directamente a unos hipotéticos

---

<sup>73</sup> Félix María del Monte, «Canto de un Desterrado», *El Dominicano*, núm. 1, 19 de septiembre de 1845, 4.

<sup>74</sup> Mariano Álvarez al Secretario de Estado, La Habana, 12 de noviembre de 1860, AGI: Cuba 2266, Pieza 2, doc. s/n). El partido de Santana era «simplemente un gigantesco grupo de “amigos” del caudillo», observa el historiador Campillo Pérez (*Historia electoral dominicana*, 47); Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 108.

<sup>75</sup> *El Dominicano*, núm. 21, 5 de septiembre de 1846, 82; *El Dominicano*, núm. 14, 18 de marzo de 1846, 55.

<sup>76</sup> Martínez-Fernández, «The Sword and the Crucifix», 73. Las inclinaciones tiránicas de Portes se extendieron a la persecución de los protestantes en la isla. Ordenó que solo los católicos podían usar las campanas de la iglesia, persiguió a los misioneros que lo criticaban y se opuso a un tratado con los británicos que hubiera establecido la tolerancia religiosa. El cónsul británico en Santo Domingo, Robert Schomburgk, llamó a Portes «un vicario general, un jesuita y un fanático ciego» (Martínez-Fernández, «The Sword and the Crucifix», 73).

<sup>77</sup> Conde de [¿Spiculot?], a Ramón María Narváez, Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra, Puerto Rico, 18 de enero de 1845, SHM: Ultramar 5646, Expdte. s/n.

lectores haitianos para amonestar a Pierrot por su hipocresía y lamentar la reanudación de los conflictos. Uno de ellos sostuvo que los «Boyeristas del mando» usaron a Pierrot como «un instrumento á su capciosa política» y que los políticos serios le huían a la violencia<sup>78</sup>. Los que escribían desde la capital dominicana se volvieron más belicosos, incluso sedientos de sangre. Por ejemplo, un poeta se entusiasmó imaginando el «polvo [que] muerde el último haitiano» en la batalla<sup>79</sup>. Estos escritores crearon fábulas sentimentales sobre la unidad dominicana y exageraron los supuestos excesos de los haitianos. Los sacerdotes sostuvieron que la Separación había sido la voluntad de Dios; y los periódicos reprodujeron estos sermones<sup>80</sup>. Los editores del periódico anunciaron que cada ejemplar de *El Dominicano*, el primer periódico en publicarse regularmente, contaría con un artículo «refutando los escritos apócrifos» de imprentas oficiales en Puerto Príncipe que declaraban victorias oficiales haitianas<sup>81</sup>. Los periódicos dominicanos ridiculizaban la propaganda militarista haitiana por su deshonestidad ante el público haitiano<sup>82</sup>. No hacía falta todo este esfuerzo; la isla entera ya estaba de acuerdo con ellos. Resultó que los haitianos enlistados se negaron a movilizarse y, además, las propias tropas de Pierrot lo derrocaron el mismo 27 de febrero de 1846, fecha escogida quizás en muestra de solidaridad<sup>83</sup>. Como después no hubo más que unas pocas disputas ocasionales en la frontera sin

---

<sup>78</sup> «Reflexiones políticas sobre la cuestión de Haití», *El Dominicano*, núm. 4, 1ero de noviembre de 1845, 14.

<sup>79</sup> «Soneto: La Batalla de Belér: Dedicado a los heroicos habitantes del Cibao», *El Dominicano*, núm. 7, 13 de diciembre de 1845, 28.

<sup>80</sup> «Discurso de Presbítero Sr. Andrés Rosón», *El Dominicano*, núm. 9, 1 de enero de 1846, 33.

<sup>81</sup> «Al Público», *El Dominicano*, núm. 1, 19 de septiembre de 1845, 1.

<sup>82</sup> «Al Público», *El Dominicano*, núm. 1, 19 de septiembre de 1845, 1; «Mas Sobre Haití», *El Dominicano*, núm. 5, 13 de noviembre de 1845, 19.

<sup>83</sup> Rodríguez Demorizi, *Guerra dominico-haitiana*, 16, 18.

mayores consecuencias, los periodistas dominicanos tornaron su atención hacia preocupaciones económicas y políticas<sup>84</sup>.

La situación económica del nuevo Gobierno resultó ser grave y urgente. La única moneda fuerte era la extranjera, los comerciantes británicos y de Santo Tomás exigían requisitos exorbitantes para firmar préstamos, el Gobierno imprimía montones de resmas de papel moneda, e incluso algunos prominentes hombres de la capital se negaban a prestarle fondos a la nueva administración. Las élites, atribuladas, se jactaban de extraversion económica y soñaban con capital extranjero, condenando el supuesto aislamiento del más prospero Estado del que acababan de separarse. De acuerdo con periodistas y políticos dominicanos, la protección de la propiedad en Haití —que prohibía la adquisición de tierras a todo aquel que no fuera ciudadano— era «tan absurda como ridícula»<sup>85</sup>. En realidad, muchas de las élites haitianas compartían este sueño de desarrollo del capital: publicaban en primera plana críticas de las barreras contra la inversión y la propiedad de tierras por extranjeros, y esperaban promover la producción agrícola con fines comerciales<sup>86</sup>. A pesar de toda la polémica, la política dominicana frente a la inmigración y a la inversión se mantuvo cerca de la ley haitiana (o la mexicana, la cual también criticaron en algunas ocasiones),

---

<sup>84</sup> El virulento periódico *El Dominicano* se calmó acerca de su vecino para fines de la primavera de 1846, llenando sus páginas con preguntas sobre reforma financiera, agricultura y política. Al observar que los disturbios políticos eran constantes en Haití, sus escritores se burlaron del Gobierno vecino llamándolo «moribundo» (*El Dominicano*, núm. 3, 28 de octubre de 1845, 9; *El Dominicano*, núm. 15, 11 de abril de 1846, 57).

<sup>85</sup> *El Dominicano*, núm. 11, 28 de enero de 1846, 42.

<sup>86</sup> A. Monfleury, «De l'industrie en Haïti: Réponse a M. Ed. Paul», *L'Opinion Nationale*, núms. 10 y 11, 15 de marzo de 1862, 1; David Nicholls, *Economic Dependence and Political Autonomy: The Haitian Experience* (Montreal: McGill University Centre for Developing Area Studies, 1974), 11. El propio Boyer, a pesar de la oposición popular, pudo haber considerado derogar el artículo 7, que impedía la propiedad de tierra a extranjeros (Sheller, «Army of Sufferers», 38).

en protección de su nacionalidad<sup>87</sup>. Dado esto, los legisladores aprobaron un impuesto de 30 por ciento sobre la venta de tierra a extranjeros, quienes también tenían que esperar la dispensa individual de su naturalización de manos directas del presidente<sup>88</sup>. Lo más importante es que mantuvieron una política, heredada del tiempo de la Unificación, que limitaba consistentemente las actividades de los comerciantes extranjeros a ventas al por mayor<sup>89</sup>. Además, dejaron los aranceles al mismo nivel en el que habían estado durante la Unificación<sup>90</sup>.

El jactarse de su extraversion económica (o sea, el apetito por el capital extranjero) era esencialmente una práctica retórica que las élites dominicanas podían utilizar sin considerar las consecuencias ya que pocos inversionistas extranjeros llegaban a suelo dominicano. Mientras tanto, todo el presupuesto del Estado oscilaba entre \$200,000 y \$300,000 y disminuía ligeramente con el tiempo<sup>91</sup>. La agricultura nacional resultaba insuficiente para mantener a la población; todo tipo de productos, incluso alimentos básicos como la harina, eran importados a los pueblos de la república<sup>92</sup>. El pasto creció en las calles

---

<sup>87</sup> Andrés Blanco Díaz, ed. *Alejandro Ángulo Guridi: Obras escogidas* (Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 2006), 2:12.; Erika Pani, «Ciudadanos precarios: Naturalización y extranjería en el México decimonónico», *Historia Mexicana* 62, núm. 2 (2012): 627-74.

<sup>88</sup> Britannicus (T. S. Heneken), *The Dominican Republic and the Emperor Soulouque, Being Remarks and Strictures on the Misstatements, and a Refutation of the Calumnies, of M. D'Alaux* (Philadelphia: T. K. Collins, 1852), 26; Porter, *Diario de una misión secreta*, 19. Estas restricciones fueron a pesar del hecho de que Báez y otros habían impulsado la reforma de la nacionalización desde el final del período de Unificación (Hauch, «The Dominican Republic and Its Foreign Relations», 41).

<sup>89</sup> Frank Moya Pons, *Manual de historia dominicana* (Santo Domingo: Caribbean Publishers, 1992), 363.

<sup>90</sup> Los dejaron en los niveles de 1838, para ser pagados la mitad en pesos fuertes españoles, la mitad en papel moneda dominicano (Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 151, 212).

<sup>91</sup> Martínez-Fernández, *Torn between Empires*, 93.

<sup>92</sup> Mariano Álvarez, «Memoria: Santo Domingo o la República Dominicana», SD, 20 de abril de 1860, AHN: Ultramar 2775, Expdte. 16.

de la capital y las casas comenzaron a desmoronarse lentamente<sup>93</sup>. El equilibrio del comercio seguía pésimo y los periodistas lamentaban que «en Santhomas *se vende, pero no se compra*»<sup>94</sup>.

### La geografía, el racismo y la política urbana

Durante las siguientes dos décadas, un pequeño grupo mantuvo el poder. Los dos primeros presidentes de la república que gobernaron por más tiempo fueron hombres ricos de color. Pedro Santana nació en el centro rural de la isla y creció en la región ganadera del este. Era hijo de un héroe militar y justificaba orgullosamente su poder, que presentaba como una cruzada heroica, inmune a la opinión externa<sup>95</sup>. Esta justificación divina, a la par de un ejército leal, le otorgaba inmunidad ante todo tipo de deferencia. Años más tarde, recibió descalzo al gobernador cubano deliberadamente<sup>96</sup>. Los imperialistas extranjeros dirigían su racismo, desdén y lástima alterna hacia estos presidentes. Unos observadores blancos franceses no pudieron contener sus comentarios sobre la textura del cabello del presidente Báez, ni dejar de burlarse de las empobrecidas muchachas de la capital<sup>97</sup>. Excepto por los altos oficiales militares, la camarilla política del ejecutivo se componía en gran parte de personas blancas. Bautizados por veintidós años de Gobierno con el Estado revolucionario haitiano, estas figuras nunca pronunciaron una palabra en público contra cualquiera de los presidentes en terminos racistas, ni siquiera cuando algunos estribillos de una canción popular de la

---

<sup>93</sup> Bosch, *La Guerra de la Restauración*, 15.

<sup>94</sup> *La Razón*, núm. 7, 15 de junio de 1862, 1.

<sup>95</sup> Mella, *Los espejos de Duarte*, 177; Martínez-Fernández, «The Sword and the Crucifix».

<sup>96</sup> Martínez-Fernández, «The Sword and the Crucifix», 73; Welles, *Naboth's Vineyard*, 234.

<sup>97</sup> Dhormoys, *Une visite chez Soulouque*, 72, 112.



capital delataban su preocupación por el fenotipo<sup>98</sup>. A medida que el poder iba reconfigurándose al inicio de la república, unos cuantos liberales sí hablaron abiertamente del tema de la raza, pero era con el fin de «trascenderla»<sup>99</sup>. En su mayoría, las élites renunciaron a cualquier división que pudiera existir por racismo y repudiaron por completo el debate sobre la raza. Más bien, defendieron la república en términos oblicuos y civilizacionistas. Muchos dedicaron una vasta energía intelectual a producir y enaltecer un antihaitianismo didáctico. Tanto Santana como Báez asintieron y colaboraron ampliamente con estos aliados. Solo había una prensa en la capital y era propiedad del Estado<sup>100</sup>.

Los miembros de la reducida élite política en la capital fueron los autores de varios diseños colonizadores y proyectos de protectorado. Un puñado de preeminentes familias, como los Delmonte, Alfau, Bobadilla, Galván y Guridi, entre otras, gobernaba. Sus miembros poseían tierras alrededor de la capital y se beneficiaban de la venta de caoba en otras partes del sur y del este, hasta Higüey. Visitantes extranjeros se referían a los «adinerados que no trabajaban» y a las «familias patricias», agregando detalles sobre los «fieles» sirvientes de estas familias<sup>101</sup>. Estas élites establecieron pequeños seminarios

---

<sup>98</sup> Sobre el cabello de Báez, ver Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 197.

<sup>99</sup> El poema más famoso de Juan Pablo Duarte expresa este deseo explícitamente (Emilio Rodríguez Demorizi, *Santana y los poetas de su tiempo* (Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 1969), 331-32) aunque los académicos alegan convincentemente que puede haberlo escrito durante la Guerra de la Restauración (Mella, *Los espejos de Duarte*, 145).

<sup>100</sup> Catherina Vallejo, *Las madres de la Patria y las bellas mentiras: Imágenes de la mujer en el discurso literario nacional de la República Dominicana, 1844-1899* (Miami: Ediciones Universal, 1999), 75.

<sup>101</sup> Joseph Warren Fabens, Cora Montgomery (Jane Cazneau), y Richard Burleigh Kimball, *In the Tropics: By a Settler in Santo Domingo* (New York: Carleton, 1863), 17, 101, 181. Por ejemplo, la propiedad de Alfau (Martínez, *Diccionario*, 24; Bosch, *La Guerra de la Restauración*, 28).

privados para educar a las «clases superiores de la sociedad»<sup>102</sup>. La industria azucarera cerca de la capital dominicana había dejado una huella ideológica y material que persistía aun décadas después de su declive absoluto; pero los planes para revivirla con proyectos de colonización con isleños de las Canarias ya habían surgido antes de la Separación<sup>103</sup>. La hija de un propietario de plantación, rica en propiedades aunque no en capital, era dueña de una de las pocas casas de huéspedes de la capital<sup>104</sup>. El flujo intermitente de una diáspora de las élites dominicanas hacia Cuba a lo largo del siglo XIX —los que huían de la Revolución Haitiana o de la Unificación— hacía que algunos de los residentes más ricos de Santo Domingo tuvieran familias y otros vínculos en La Habana, Santiago de Cuba, San Juan y otros sitios. Otros habían ido a La Habana a estudiar derecho o por algún exilio político y escribían poemas sobre sus planes de no retorno. Todos estos evitaban, con aparente indiferencia, mencionar siquiera la esclavitud cubana<sup>105</sup>.

Como han señalado otros historiadores, en las repúblicas vecinas, el universalismo republicano «habilitaba y restringía» a la vez los debates sobre la pertenencia política. Aunque la élite en la capital dominicana se veía en la necesidad de reprimir el racismo abierto en el gobierno, el racismo circulaba en el lenguaje normativo, en los rumores políticos y en la esfera privada<sup>106</sup>. Los viajeros observaban: «El mayor influjo es claro que lo han de ejercer los blancos y los hijos de españoles, aunque tengan

---

<sup>102</sup> William L. Wipfler, «The Catholic Church and the State in the Dominican Republic, 1930-1960», en *Christianity in the Caribbean: Essays on Church History*, 191-229 (Kingston: University of the West Indies, 2001), 193.

<sup>103</sup> Martínez-Fernández, *Torn Between Empires*, 216.

<sup>104</sup> Porter, *Diario de una misión secreta*, 27.

<sup>105</sup> Penson, *Reseña histórico-crítica*, 272.

<sup>106</sup> McGraw, *Work of Recognition*, 9, 10; Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 197.

algún matiz»<sup>107</sup>. Las rimas antinegras revelaban los límites del llamado discurso civil mientras que los prejuicios restringían la formación de barrios y comunidades, como ocurrió en las islas vecinas<sup>108</sup>. Los escritores de la capital proponían jerarquías fenotípicas descaradamente atrevidas:

Para que una mujer sea absoluta en belleza, es preciso que tenga:  
Tres cosas blancas; —la piel, los dientes y las manos.  
Tres negras; —los ojos, las pestañas y las cejas.  
Tres encarnadas; —los labios, las megillas y las uñas...<sup>109</sup>

El *españolismo* les ofrecía un vocabulario útil y ambiguo para articular su distancia de Haití. Redactaban himnos de batalla exhortando, «¡Al arma españoles!»<sup>110</sup>. Los periodistas de *El Dominicano* solían llamar indistintamente a las tropas del este, a veces «españolas» y otras «dominicanas», dentro del mismo artículo<sup>111</sup>. Por supuesto, las conexiones reales con España eran pocas, dado que esta se negó a reconocer la nueva República por más de una década. Las afinidades de la élite seguían eurofílicas, lo cual se reflejaba en adulaciones de las conexiones semi-recientes entre el sur del país y Francia. Los dominicanos más ricos brindaban «à votre santé», enviaban a sus hijos a estudiar al extranjero y continuaban albergando activa y constantemente la idea

---

<sup>107</sup> Mariano Torrente, *Política ultramarina, que abraza todos los puntos referentes á las relaciones de España con los Estados Unidos, con la Inglaterra y las Antillas, y señaladamente con la isla de Santo Domingo* (Madrid: Imprenta de la Compañía General de Impresores y Libreros del Reino, 1854), 290.

<sup>108</sup> Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 95, 177; Jay Kinsbruner, *Not of Pure Blood: The Free People of Color and Racial Prejudice in Nineteenth-Century Puerto Rico* (Durham, NC: Duke University Press, 1996), 32.

<sup>109</sup> *El Dominicano*, núm. 14, 6 de octubre de 1855, 55. Resulta difícil determinar la fecha de otro fragmento agresivo dirigido contra una mujer negra (Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 201).

<sup>110</sup> «Poesía: Canción Dominicana», *El Dominicano*, núm. 11, 28 de enero de 1846, 44.

<sup>111</sup> «Al Público», *El Dominicano*, núm. 1, 19 de septiembre de 1845, 1. Los debates sobre el plan de matriculación español provocaron una amplia refutación del uso impreciso del vocablo «español» en la prensa dominicana («La Matrícula Española», *La República*, núm. 1, 19 de agosto de 1856, 1-2).

de un posible protectorado francés<sup>112</sup>. En los periódicos de la capital se anunciaban profesores de francés<sup>113</sup>. Un columnista respondió con cierto malestar a comentarios que le hiciera un extranjero en una fiesta:

«Vamos hablame *franchement* (porque debeis saber Sres., que à nosotros á mas de los galicismos que à cada paso cometemos, mucho nos gusta mezclar algunas palabritas francesas, maldita costumbre!)»<sup>114</sup>.

A pesar de todas estas pretensiones, las conexiones más asiduas e importantes de la capital realmente se hacían con las islas cercanas, donde se daba el comercio de caoba y ganado. En los primeros seis meses de 1848, ni un solo barco europeo llegó al puerto de Santo Domingo<sup>115</sup>.

La élite política se mantuvo intencionalmente escurridiza, guardando un silencio peligroso sobre el racismo en la política pública. Desde los primeros meses de la República, los columnistas destacaron la supuesta escasez de mano de obra (un viejo argumento de los que querían la labor disciplinada de peones para realizar el cultivo en haciendas), una estrategia implícitamente antinegra compartida por las élites de las islas vecinas<sup>116</sup>. Pidiendo que se estableciera una comisión

---

<sup>112</sup> Adriano López Morillo, *Memorias sobre la segunda reincorporación de Santo Domingo a España* (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1983), 259.

<sup>113</sup> Anuncio de Monsieur Perrot, *El Oasis*, núm. 12, 16 de septiembre de 1855, 48.

<sup>114</sup> «Costumbres», *El Oasis*, núm. 1, 26 de noviembre de 1854, 3.

<sup>115</sup> Eugenio Matibag, *Haitian-Dominican Counterpoint: Nation, State, and Race on Hispaniola* (New York: Palgrave Macmillan, 2003), 117.

<sup>116</sup> Ileana Rodríguez Silva, *Silencing Race: Disentangling Blackness, Colonialism, and National Identities in Puerto Rico* (New York: Palgrave Macmillan, 2012). NOTA DE ESTA EDICIÓN: En islas como Jamaica, esta queja se convirtió en un refrán entre las élites después de la abolición de la esclavitud. Realmente no fue una nueva escasez de mano de obra —ya que la población de la isla no disminuyó— sino la narrativa que las élites usaron para lamentar el hecho de que la gran mayoría de los libertos de la esclavitud rechazara quedarse en las plantaciones. Estos antiguos amos hicieron repetidas peticiones a la corona británica para realizar más proyectos para conseguir mano de obra dócil y por pago mínimo (es decir, contratada en términos desfavorables y estrictos).

de inmigración en cada provincia, un columnista escribió en 1845: «esta despoblación es la causa principal de nuestra miseria»<sup>117</sup>. En 1847, los legisladores aprobaron una ley de colonización que ofrecía tierras, ventajitas, herramientas y una exención del servicio militar a los migrantes que llegaran. Aunque habían evitado cautelosamente mencionar razas, quedaba implícito que los legisladores querían que los migrantes fueran blancos. Los funcionarios simplemente bloqueaban la entrada de la gente de color de manera individual<sup>118</sup>. Del mismo modo, algunos individuos cabildeaban en privado el apoyo francés, alegaba el cónsul, calumniando la bandera británica como «la bandera de los negros»<sup>119</sup>. Agentes de los Estados Unidos reportaban planes racistas similares, propuestos detrás de puertas cerradas<sup>120</sup>. Lo mismo hicieron los españoles<sup>121</sup>. Es decir, mientras la clase influyente criticaba a Haití, mantenía un silencio ensordecedor sobre temas de raza a nivel nacional. En privado, Báez advirtió a los gobernadores cubanos y puertorriqueños que los dominicanos temían la ocupación extranjera y la esclavitud y que la mayoría del pueblo no dudaría en pedir ayuda a Haití<sup>122</sup>. En público, en cambio, Báez prefería culpar de ese temor a supuestos agitadores externos: unos «propagandistas de la esclavitud». El arquetipo de figuras «propagandistas de la esclavitud» o de dominicanos «desnaturalizados» o «haitianizados» sirvió para trivializar y no reconocer el temor de la población ante las amenazas extranjeras así como para prescindir de todo discurso antirracista dominicano<sup>123</sup>.

---

<sup>117</sup> El año siguiente los autores emitieron un plan de colonización de quince puntos («Inmigración», *El Dominicano*, núm. 7, 13 de noviembre de 1845, 26; *El Dominicano*, núm. 19, 24 de julio de 1846, 74).

<sup>118</sup> Copiador, 13 de octubre de 1848, 3 de abril de 1860, 4 de febrero de 1861.

<sup>119</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:161.

<sup>120</sup> Logan, *Diplomatic Relations*, 238.

<sup>121</sup> Antonio Alfau a Serrano, 21 de julio de 1860, AGI: Cuba 2266, Pieza 1, doc. s/n.

<sup>122</sup> Febres-Cordero Carrillo, «La Anexión», 122.

<sup>123</sup> Marte, *Correspondencia*, 42, 89. Estos términos están en uso desde principios del siglo XIX (José Gabriel García, *Compendio de la historia de Santo Domingo* (Santo Domingo: Imprenta de García Hermanos, 1893), 1:339).

La élite desafió el legado del reciente pasado haitiano y, junto con él, la emancipación. Los legisladores afirmaron su compromiso con una República de territorio libre de esclavitud; de hecho, bajo la vigilancia popular, tuvieron que afirmarlo numerosas veces. Sin embargo, en la práctica, iniciaron e imaginaron negociaciones que, de haberse realizado, hubieran puesto en peligro la mano de obra libre —desde propuestas de colonización hasta llamamientos de protectorado a poderes esclavistas. Se dedicaron a ello repetidamente, sin importarles la oposición popular que tales planes provocaban; la notaban con obvia indiferencia<sup>124</sup>. Simultáneamente, los escritores se dedicaron a crear mitos anti-haitianos, ansiosos y ávidos de establecer distancia de una nación que, aunque suya hasta hacía poco, era blanco de difamación en todo el hemisferio. Dada la casi total falta de patrimonio escrito —el libro de Thomas Madiou, *Histoire d'Haïti*, era el único libro de historia que circulaba en la capital dominicana— los columnistas dominicanos decidieron que escribir la historia de la diferencia dominicana constituía una «urgentísima necesidad»<sup>125</sup>. Los periodistas de la capital se desviaron hacia lo abiertamente didáctico, esforzándose por explicar con asteriscos los insultos anti-haitianos a su público<sup>126</sup>. Les inquietaba que el público no les prestara atención. El eslogan de un periódico se lamentaba: «Nadie escribe aquí porque nadie lee, y nadie

---

<sup>124</sup> Francia representaba un socio perdurable y favorecido. Los solicitantes también le hicieron peticiones a España y a las autoridades en sus colonias caribeñas en 1843, 1844, 1845, 1846, 1848, 1850, 1851, una misión de un año a Madrid en 1853-54, 1857, 1858, y todo el período de 1859-60 (Torrente, *Política ultramarina*, 310).

<sup>125</sup> «Don Cameleón», *El Dominicano*, núm. 16, 2 de mayo de 1846, 62; Marte, «La oralidad sobre el pasado insular», 2, 5, 7.

<sup>126</sup> A. J. Bautista Romane, «Fragmentos», *El Oasis*, núm. 19, 4 de noviembre de 1855, 75. «Mañesa es un apodo que usamos para nuestros vecinos del este», explicó el autor a su público después de un asterisco. El editor de *El Dominicano*, el primer periódico después de la Separación, publicaba una columna regular titulada, «Reflexiones poéticas sobre la cuestión haitiana», en la que mencionaba, o parodiaba, y luego refutaba de manera didáctica, los artículos de la prensa haitiana (por ejemplo, «Al Público», *El Dominicano*, núm. 1, 19 de septiembre de 1845, 1; *El Dominicano*, núm. 5, 13 de noviembre de 1845, 19).

lee porque nadie escribe»<sup>127</sup>. Incluso la élite, que estaba cautivada por el tema de la nación, sentía un profundo pesimismo ante la agresividad de los intereses internacionales y sus propios oponentes políticos. Un columnista observó, «¡Civilización! He aquí la palabra favorita de [18]55», pero esta palabra enarbolaba «una política rapaz, [que] holla con la punta de sus bayonetas los tratados existentes»<sup>128</sup>.

El antihaitianismo, además de atraer a las potencias del Atlántico Norte, ofrecía a la élite dominicana un chivo expiatorio con el cual exorcizar sus inquietudes sobre su propio dilema político, servir como un canal retórico para sus planes de desarrollo urgentes y restrictivos, y permitirles expresar su desdén por las prácticas religiosas y maritales del pueblo y finalmente su propio racismo. Conjurando un foco externo, simple y escurridizo, el antihaitianismo facilitó las ficciones republicanas de una nación «sin raza» y mantuvo la idea de una supuesta unidad nacional con los dominicanos rurales y pobres, especialmente los de color<sup>129</sup>. La inquietud que la élite sentía hacia sus conciudadanos rurales, sobre los cuales tenía muy poca influencia, se expresó de manera indirecta pero constante. Los periodistas criticaban los hábitos de trabajo de los dominicanos empobrecidos y menospreciaban las pequeñas parcelas agrícolas como una «excusa para la pereza» mientras que elogiaban la «completa y ciega obediencia» de los soldados, sujetos más tratables<sup>130</sup>. Adoptando el guion de un «otro» haitiano, la clase letrada criticó los «hábitos relajados», la supuesta falta de religión, la

---

<sup>127</sup> *El Dominicano*, 1845-46.

<sup>128</sup> «The Nineteenth Century», *El Oasis*, núm. 19, 8 de abril de 1855, 75.

<sup>129</sup> Sobre el análisis de clase del antihaitianismo, ver, por ejemplo, Cordero Michel, *La Revolución Haitiana*, 141; Matibag, *Haitian-Dominican Counterpoint*, 18; Franklin José Franco Pichardo, *Sobre racismo y antihaitianismo (y otros ensayos)* (Santo Domingo: Impresora Vidal, 1997); Mayes, *Mulatto Republic*; Ernesto Sagás, *Race and Politics in the Dominican Republic* (Gainesville: University Press of Florida, 2000).

<sup>130</sup> «Continua el artículo sobre la inmigración», *El Dominicano*, núm. 6, 27 de noviembre de 1845, 23; «Amor al trabajo», *El Dominicano*, núm. 23, 8 de diciembre de 1855, 91; «La Obediencia pasiva del soldado», *El Porvenir*, núm. 4, 29 de octubre de 1854, 3.

convivencia «libertina», etc., con la esperanza de disciplinar a los dominicanos de a pie por igual<sup>131</sup>. Los legisladores aprobaron leyes contra la vagancia, aunque probablemente resultaban tan inaplicables como las del período de Unificación<sup>132</sup>. Algunos escritores sostenían que la vagancia nacional era el «germen de tantos vicios» y un impedimento para el desarrollo local y la inversión internacional<sup>133</sup>. Insistían en la creación de honores cívicos para los trabajadores productivos, una práctica que el Gobierno haitiano ya había promulgado<sup>134</sup>. Cuando los debates se desviaban hacia el ocio y la religión, las tensiones aumentaban perceptiblemente. Algunos comentaristas ansiosos intentaron «deportar» el merengue a Haití, calificándolo de «horrible» y «repulsivo»<sup>135</sup>. Un columnista describió el baile de la siguiente manera: «Cuando dan principio al merengue ¡Santo Dios! El uno toma la pareja contraria, el otro corre de un lado á otro porque no sabe que hacer, este tira del brazo à una señorita... todo es confusión... ¿Puede esto ser agradable à nadie?»<sup>136</sup> Los columnistas reconocían con malestar esta intimididad. En un diálogo imaginado en una mezcla de español y kreyòl, un personaje dominicano refunfuña contra un haitiano por supuestamente dejarse abusar por su líder. Al final de la conversación, el dominicano rechaza agriamente la oferta que le hace el haitiano de un «*guangá*» (un «asqueroso talismán» de «granos de sal, ceniza y un mechón de cabellos», afirma el dominicano burlonamente). Sin embargo, la conversación bilingüe, en todos sus aspectos —políticos,

---

<sup>131</sup> Febres-Cordero Carrillo, «La anexión», 19.

<sup>132</sup> Franks, «Transforming Property», 54.

<sup>133</sup> «Inmigración», *El Dominicano*, núm. 14, 6 de octubre de 1855, 53-54.

<sup>134</sup> *Le Moniteur Haïtien*, núms. 26-27, 12 de junio de 1858, 2.

<sup>135</sup> Ismenes, «Cuatro preguntas a Ingenuo», *El Oasis*, núm. 6, 31 de diciembre de 1854, 24; Ingenuo, «Al Amigo Ismenes», *El Oasis*, núm. 7, 7 de enero de 1855, 28; Emmanuel (Galván), «Quejas de la Tumba contra el Merengue», *El Oasis*, núm. 8, 14 de enero de 1855, 30.

<sup>136</sup> «Costumbres», *El Oasis*, núm. 1, 26 de noviembre de 1854, 3-4.



religiosos y lingüísticos— es perfectamente entendida por ambas partes<sup>137</sup>.

Los dominicanos más pobres vivían al lado de los ricos en la capital. La misma estaba tan aislada de la zona norte del país que parecían «dos países diferentes»; estaba más ligada a las llanuras de ganado y al corte de madera en el cercano sur<sup>138</sup>. La ciudad era materialmente pobre, con pocas tiendas y un comercio regional insignificante<sup>139</sup>. Sin embargo, como a los comerciantes extranjeros solamente se les permitía la venta al por mayor, un mercado local comenzaba a florecer<sup>140</sup>. Mientras, los comerciantes dominicanos traían productos del interior —frutas, maíz, tubérculos y pequeñas cantidades de tabaco, azúcar morena y café— río abajo en canoas para el consumo en la capital y despachaban madera fuera del país. A diario, el ajetreo era evidente en un pequeño mercado en las orillas del Ozama<sup>141</sup>. Si bien es cierto que algunas personas buscaban asimilar los privilegios de ser blanco y del anti-haitianismo en Santo Domingo y otras zonas urbanas donde la gente enfrentaba prejuicios y desigualdad estructural, también es cierto que los dominicanos de color respondían con discursos explícitos de autoestima, rechazando estas normas racistas. Los dominicanos de color a veces utilizaban la palabra «blanco» como un sinónimo de

---

<sup>137</sup> Es decir, un *wanga* u *ouanga*, que Boyer también había prohibido en el oeste («Haitiana-parla», *El Dominicano*, núm. 25, 22 de diciembre de 1855; «Variedades», *El Dominicano*, núm. 26, 29 de diciembre de 1855, 99-100, 103; Kate Ramsey, *The Spirits and the Law: Vodou and Power in Haiti* (Chicago: University of Chicago Press, 2011), 58).

<sup>138</sup> Frank Moya Pons, *The Dominican Republic: A National History* (Princeton, NJ: Markus Wiener, 1995), 185.

<sup>139</sup> Porter, *Diario de una misión secreta*, 25-26.

<sup>140</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 186.

<sup>141</sup> De Benneville Randolph Keim, *San Domingo: Pen Pictures and Leaves of Travel, Romance and History, from the Portfolio of a Correspondent in the American Tropics* (Philadelphia: Claxton, Temson and Haffelfinger, 1870), 25-27.

«extranjero», una práctica también común en Haití<sup>142</sup>. Durante la Unificación, múltiples poetas anónimos celebraron la caída del orden racista en la capital<sup>143</sup>. Un poeta desconocido ofreció consuelo a sus oyentes dominicanos negros que sufrían la desigualdad, prometiendo que algún día «la tortilla se vuelva al otro lado»<sup>144</sup>.

Una serie de distintas organizaciones afro-dominicanas dieron forma al ambiente de la capital. Los regimientos negros siguieron siendo una fuerza independiente años después de la independencia, recibiendo en sus filas como soldados y oficiales a un «gran número» de hombres que escapaban de la esclavitud en Cuba, Puerto Rico y otras islas<sup>145</sup>. Las iglesias, las cofradías, como la Cofradía de San Juan Bautista, y las sociedades de apoyo mutuo florecieron<sup>146</sup>. En los años cincuenta, los migrantes afroamericanos, que habían llegado en los años veinte por invitación del presidente Boyer, mantenían una considerable sociedad de apoyo mutuo y una iglesia metodista de lengua inglesa en la capital<sup>147</sup>. El pequeño desembolso de capital, requisito para participar en el mercado capitaleño, dio lugar a que las afroamericanas provenientes de Baltimore y

---

<sup>142</sup> Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 36; también *The Royal Standard*, 1 de septiembre de 1866, recorte en TNA: CO 301/44/269, n.p. Además de entender «blanco» como no perteneciente a la comunidad, otro vocabulario dominicano presta una connotación desdeñosa: descolorido, desteñido, jipato, etc.

<sup>143</sup> Johnson, *Fear of French Negroes*, 71-73.

<sup>144</sup> El poema describe de manera vívida la rectificación de las injusticias racistas: «Algún día llegará / que la tortilla se vuelva, / que los negros coman pan / y los blancos coman mierda» (Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 17). Otro poema popular responde deliberadamente al prejuicio: «Ser negro no es vergonzoso, la iglesia se pone negra el [Jueves] y el Viernes Santo. . . en su altar sagrado, y para elevarnos al cielo, todos somos iguales» (Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 179).

<sup>145</sup> Lora Hugí, *Transición*, 96; Porter, *Diario de una misión secreta*, 22; Cónsul Hood a Lord J. Russell, SD, 21 de abril de 1861, AGN-RD: Anexión DE/ 000933, Expdte. 10, p. 28.

<sup>146</sup> Magdalena Guerrero Cano, *Disciplina y laxitud: La iglesia dominicana en tiempos de anexión* (Cádiz: Universidad de Cádiz, 1984), 68.

<sup>147</sup> Lockward, *Documentos*, 222.

de otros lugares se integraran fácilmente al espacio público de la ciudad como vendedoras de frutas y otras mercancías. En las calles de la ciudad, se unían a otros que también compartían la misma curiosidad por saber noticias del extranjero, listas para debatir sobre el tema de la esclavitud con viajeros que pasaban por la ciudad. Le pedían a los visitantes noticias de sus lugares de origen y les informaban sobre los horrores que habían sufrido en sus antiguos hogares<sup>148</sup>. Los que visitaban la ciudad reportaron que los dominicanos negros eran reacios a servir como sirvientes, y que cuando las familias de la élite buscaban reemplazos en Santo Tomás y otras islas, estas personas también pronto elegían la vida independiente al acostumbrarse a Santo Domingo. Un viajero blanco de los Estados Unidos los calificó de «impertinentes»<sup>149</sup>.

A diferencia del grupo en el poder político, la mayoría de los residentes de la capital sentía una profunda desconfianza hacia las potencias europeas. En los años treinta, los buques de guerra españoles habían exigido que los isleños saludaran su bandera y muchos residentes sentían un particular «miedo a los uniformados»<sup>150</sup>. Un observador comentó que cuando un barco español atracó en Santo Domingo en 1846 de camino a Cabo Haitiano para exigir reparaciones, la gente del pueblo abandonó «la alegría del *mardi gras* para mirar en silencio sombrío», mostrando su desconfianza hacia las pocas autoridades españolas que desembarcaron<sup>151</sup>. Los proyectos esclavistas de España siempre rodeaban las costas dominicanas. El cónsul francés sostuvo que la interferencia extranjera inspiraría en la República Dominicana «una seria resistencia», despertando temores

---

<sup>148</sup> Frances D. Gage, «The Market Woman of San Domingo», *Friends' Intelligencer* 20, núm. 45 (16 de enero de 1864): 717.

<sup>149</sup> Porter, *Diario de una misión secreta*, 219.

<sup>150</sup> Spenser St. John, *Hayti: Or, the Black Republic* (Pittsburgh: Ballantyne Press, 1884), 85; Lora Hugi, «Las mujeres anónimas», 106.

<sup>151</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 231.

de esclavitud y provocando un llamado a la reunificación haitiana en la capital<sup>152</sup>. Años después, el cónsul británico reportó lo mismo<sup>153</sup>. Por lo menos desde los años veinte, hay evidencia de que hombres y mujeres de Puerto Rico se fugaban a la capital dominicana, pero es difícil calcular cuántos cruzaron desapercibidos el Canal de la Mona en pequeñas embarcaciones, tal vez con sus familias enteras<sup>154</sup>. Puede ser que las sociedades secretas antiesclavistas, organizadas por Ramón Emeterio Betances y otros activistas puertorriqueños, hayan llevado un número cada vez mayor de puertorriqueños a costas dominicanas. Así mismo, un número desconocido de cubanos (y/o africanos cautivos en Cuba) llegó a la costa norte y a la capital dominicana. En 1861, el cónsul británico comentó que muchos habían «disfrutado de la libertad durante muchos años»<sup>155</sup>. Un sastre chino se escapó de Cuba y se dirigió a Santo Domingo a pesar de tener un pasaporte para Jamaica<sup>156</sup>. El gobernador de Puerto Rico advirtió que los migrantes con «opiniones políticas muy avanzadas y de tendencias muy peligrosas» buscaban suelo dominicano, probablemente para ganar precisamente esta libertad<sup>157</sup>.

Más allá de la capital, el paisaje servía de constante testigo de la larga historia de esclavitud azucarera y de poblados negros

---

<sup>152</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 229.

<sup>153</sup> Logan, *Diplomatic Relations*, 281.

<sup>154</sup> *El Telégrafo Constitucional*, núm. 2, 12 de abril de 1821, 12; otros, como Viviana Morales de 20 años y su pequeña hija, llegaron a la provincia oriental de Higüey en pequeñas embarcaciones (Certificación de Declaración, 13 de abril de 1837, AGN-RD: Archivo Real de Higüey 1700123 Leg. 18 Azul, Expdte. 96; le agradezco a Andrew Walker por esta fuente).

<sup>155</sup> Cónsul Hood a Lord J. Russell, SD, 21 de abril de 1861, AGN-RD: Anexión DE/000933, Expdte. 10, p. 28.

<sup>156</sup> Juan Fello a Cap. Gen. de Cuba, 7 de diciembre de 1842, ANC: AP 137, Expdte. 13.

<sup>157</sup> Ada Suárez Díaz, *El Antillano: Biografía del Dr. Ramón Emeterio Betances, 1827-1898* (San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1988), 28.

independientes. San Carlos, una comunidad extramuros a menos de dos kilómetros al noroeste de la antigua ciudad, albergaba a muchos jornaleros itinerantes y a otros en su camino hacia el mercado de madera, Baní y otros pueblos<sup>158</sup>. La comunidad contaba con una pequeña iglesia de madera y con aproximadamente un centenar de chozas hechas con hojas de palma, que se distinguían tanto por su construcción como por su deliberada ubicación en medio de la vegetación. Un soldado español supuso que tanto esta distintiva construcción como el tono de piel de los residentes le granjeaban a la comunidad «el aspecto marcadísimo de un pueblo africano del Zambeze o del Lago Nianza»<sup>159</sup>. La «original y feliz» ubicación de las casas contrastaba con el «gusto y aspecto europeo» de la cercana capital<sup>160</sup>. Al oeste, cinco pequeños ríos convergían en San Cristóbal, que por mucho tiempo había sido una zona de grandes ingenios de la producción azucarera. En 1822, los residentes del lugar ocuparon un ingenio que había esclavizado a 145 personas, transformándolo en una producción de azúcar morena y ron que continuaban vendiendo a pequeña escala en Santo Domingo junto con varios otros productos alimenticios<sup>161</sup>. Los Mina, justo al este de la capital, había sido fundada como un pueblo de libertos a finales del siglo XVII para recibir a quienes huían de la esclavitud en Saint Domingue. Monte Plata, al norte, albergaba uno de los regimientos negros cuyos miembros se habían opuesto a la Separación<sup>162</sup>.

---

<sup>158</sup> «Criminal contra el coronel de las Reservas Provinciales D. Juan Rondón...», abril de 1863, AGN-RD: CH Tomo 11 (AGI: Cuba 1014B). Muchos canarios también vivían en San Carlos.

<sup>159</sup> López Morillo, *Memorias sobre la segunda reincorporación de Santo Domingo*, 221.

<sup>160</sup> López Morillo, *Memorias sobre la segunda reincorporación de Santo Domingo*, 221.

<sup>161</sup> Emiliano de la Rosa Garabito, *San Cristóbal en la historia dominicana* (Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1983), 12.

<sup>162</sup> La Corona ofrecía la libertad a toda persona que llegase de plantaciones extranjeras y prometiese convertirse al catolicismo. Ver el trabajo de Fernanda Bretones Lane y David M. Stark, entre otros.

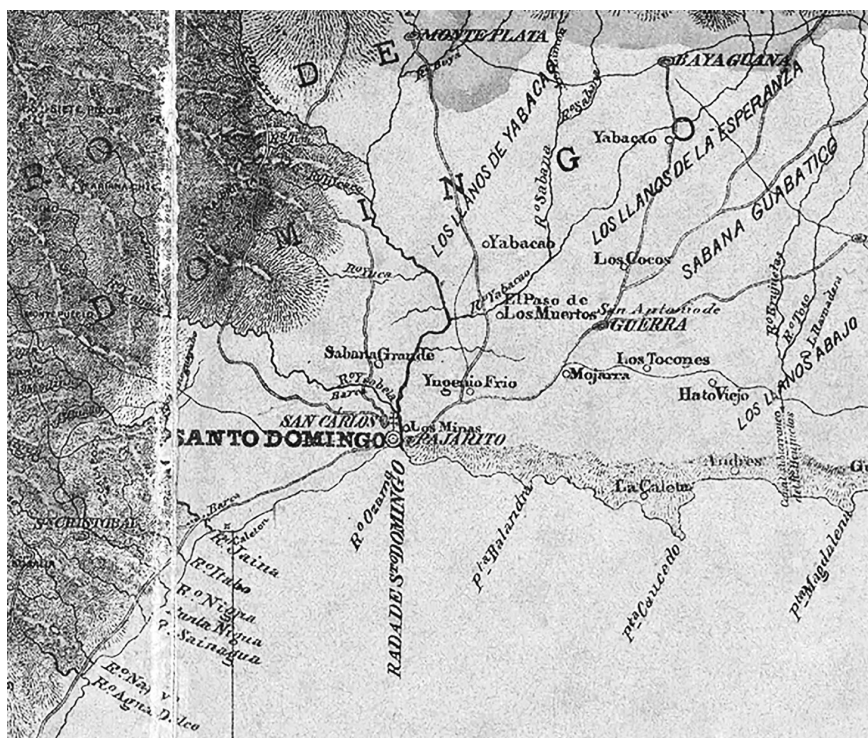


Imagen 1.2 Extracto de Wm. M. Gabb, «Geological Map of the Republic of Santo Domingo», 1872.

Un paisaje sombrío esperaba a los que regresaban a la capital desde Monte Plata: el Paso de los Muertos y el Ingenio Frío. Más al oeste, los asentamientos de cimarrones perduraban, mientras que los afrodominicanos de La Vereda, una comunidad en las afueras de Baní, prefirieron cultivar un aislamiento selectivo durante el período colonial y todo el siglo XIX<sup>163</sup>. Una pequeña élite, bastante endogámica, prefería el centro de Baní<sup>164</sup>. Al norte de Baní, los miembros de un enclave

<sup>163</sup> Dagoberto Tejeda Ortíz, «El cimarronaje, la Sarandunga y San Juan Bautista en Baní, República Dominicana», en *Fiestas y rituales*, 274-84 (Lima: Dupligráficas, 2009), 281.

<sup>164</sup> Porter, *Diario de una misión secreta*, 74.



cimarrón fundaron San José de Ocoa. El peligro de los senderos protegía su comunidad; los caminos eran tan estrechos y arduos que los animales apenas podían pasar y mucho menos descansar. Un viajero comentó maravillado que «un paso en falso o un giro de una cincha nos hubiera arrojado a la eternidad»<sup>165</sup>.

El valle del Cibao, que se encontraba a casi una semana de viaje, se destacaba como la región más poblada y comercial de la República Dominicana. Los viajeros se esforzaban por afirmar la blancura de las personas con las que hablaban en el Cibao, utilizando a menudo el término «blancos de la tierra» en sus informes<sup>166</sup>. La ciudad más grande, Santiago de los Caballeros, tenía una activa clase de artesanos y minoristas que se había beneficiado del proteccionismo haitiano<sup>167</sup>. Una pequeña élite urbana, «la gente de primera», afirmaba que sus raíces provenían de familias coloniales españolas, aun cuando su prosperidad era bastante reciente. Pedro Francisco Bonó recordó que gracias a su abuela en Santiago, procedente «de una familia de las clases más ricas de los colonos o plantadores» de Saint Domingue, él «[bebió] a la Francia por todos los poros»<sup>168</sup>. La élite vivía en el centro de la ciudad pero también en el campo junto a las familias más humildes. La falta de capital hizo que los terratenientes aceptaran la aparcería informal y la ocupación sin título en lugar del trabajo asalariado<sup>169</sup>. En las ciudades,

---

<sup>165</sup> Porter, *Diario de una misión secreta*, 109.

<sup>166</sup> Brown, *History and Present Condition of St. Domingo*, 2:286; Lockward, *Documentos*, 62-63; Porter, *Diario de una misión secreta*, 205. Sobre el afán de las fuentes extranjeras por hacer eco de estos pronunciamientos, ya sea para anclar sus declaraciones de blancura para todo el territorio dominicano o para parodiar el pensamiento de los dominicanos sobre la identidad, ver Eller, «Awful Pirates and Hordes of Jackals».

<sup>167</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 186-87; Landolfi, *Evolución cultural dominicana*, 69.

<sup>168</sup> Raymundo González, «Bonó, un crítico del liberalismo dominicano en el siglo XIX (Apuntes para la biografía de un intelectual de los pobres)», *Ciencia y Sociedad* 10, núm. 4 (1985): 473.

<sup>169</sup> Michiel Baud, «Patrons, Peasants, and Tobacco», en *The Dominican Republic Reader: History, Culture, Politics*, 217-24 (Durham, NC: Duke University Press, 2014), 220-21.

los escritores liberales imaginaban campesinos aislados, nobles y bronceados, de los cuales los más pobres eran «feos, pero denotaban fuerza y salud»<sup>170</sup>. Figuras míticas como el Negro Comegente habitaban el imaginario público en el valle del Cibao, encarnando así la problemática e incipiente relación de la rica región con el pasado revolucionario de la isla<sup>171</sup>. Los residentes de Santiago tenían fuertes lazos comerciales con Cabo Haitiano —una ciudad más rica que la mayoría de los pueblos portuarios dominicanos— que mantenían principalmente a través de la costa norte pero también por tierra. Hombres adinerados, como Teodoro Heneken, viajaban regularmente a los centros comerciales y políticos de la isla, como Santiago de los Caballeros, Puerto Plata, Cabo Haitiano y las dos capitales<sup>172</sup>.

Los políticos del Cibao, que eran más ricos que muchos en la capital del sur, sentían el agravio del yugo de Santana y de Báez, pero no podían reunir apoyo popular fácilmente. Báez le restaba importancia a la provincia diciendo: «El Ozama piensa y el Cibao trabaja»<sup>173</sup>. Una cultura literaria floreció en Santiago y otros pueblos, junto con sociedades progresistas y logias masónicas<sup>174</sup>. Sus miembros eran hombres educados en La Habana, París, Londres y, ocasionalmente, Filadelfia. Menospreciaban lo que percibían como el provincialismo y los impulsos antidemocráticos de Báez, Santana

---

<sup>170</sup> Vicioso, *El freno hatero*, 234, 236.

<sup>171</sup> Johnson, *Fear of French Negroes*, 83-90; Raymundo González, «The ‘People Eater’», en *Dominican Republic Reader* (Durham, NC: Duke University Press, 2014), 102-8.

<sup>172</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 157, 13. En décadas anteriores los barcos salían «diariamente» (Édouard de Montulé, *A Voyage to North America, and the West Indies in 1817* (London: Sir Richard Phillips & Co., 1821), 24).

<sup>173</sup> «Las Provincias del Cibao», *La Regeneración*, núm. 5, 24 de septiembre de 1865, 1.

<sup>174</sup> Harry Hoetink sugiere que los hermanos masónicos se referían entre sí como «frecitos» (una amalgama del francés *frère* y el sufijo diminutivo del español *-ito*), sugiriendo así la influencia de fuentes haitianas o francesas en las prácticas masónicas dominicanas (*Dominican People*, 170).



y los oligarcas del sur en general<sup>175</sup>. Abundaban las canciones, cuentos, refranes y décimas en contra de Santana. La repetida impresión de papel moneda por el presidente provocó una deflación que devastó el comercio del tabaco<sup>176</sup>. Los vínculos comerciales de tabaco, maderas finas y otros productos, así como los caminos y los ríos, conducían al norte y hacia la línea noroeste. Recueros (muleteros) y prácticos (guías) se las ingeniaban para recorrer estas rutas lo suficientemente bien, pero la integración urbana de los residentes del Cibao —incluso con los cultivadores circundantes de tabaco— no llegó a ser extensa<sup>177</sup>. La producción de tabaco llevó a patrones de asentamiento disperso en los campos circundantes. Las fincas podían estar dispersas alrededor de las áreas de mejor suelo y el tabaco era ligero, fácil de transportar y lento en pudrirse. Un historiador estima que un cultivador individual podía producir, con tecnología bastante rudimentaria, de cuatrocientas a dos mil libras de tabaco al año<sup>178</sup>. La cultura material era exigua y la mayoría de los cultivadores rurales probablemente dependía de caballos para contrarrestar su aislamiento físico, incluso en las inmediaciones

---

<sup>175</sup> Los académicos tradicionalmente han establecido un marcado contraste entre el «Cibao liberal» y el tradicional «sur semi-feudal» (Landolfi, *Evolución cultural dominicana*, 54). Sin embargo, varias observaciones templan esta dicotomía: la primera es que muchos comentaristas del sur deseaban las mismas reformas —reforma financiera, desarrollo agrícola, reforma fiscal, «una constitución pro-empresa», y así sucesivamente— ya que también ellos habían quedado fuera del poder (*El Orden*, núm. 6, 18 de febrero de 1854); la segunda es simplemente que gran parte de la élite del Cibao, probablemente una «amplia mayoría», eran marcadamente conservadora (Juan-Isidro Jimenes Grullón, *El mito de los padres de la patria* (Santo Domingo: Editora Cultural Dominicana, 1971) 138.)

<sup>176</sup> José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, *Guerras de liberación en el Caribe hispano, 1863-1878* (Santo Domingo: El Archivo General de la Nación, 2013), 22.

<sup>177</sup> Hoetink, *Dominican People*, 175. Algunos en la élite apoyaron la privatización de tierra, pero lo hicieron en tonos que reflejaban su posición relativamente aislada (Vicioso, *El freno hatero*, 234, 236); para las prácticas de titulación y encuesta ver Franks, «Transforming Property», 55-56.

<sup>178</sup> Gloria L. Main, *Tobacco Colony: Life in Early Maryland, 1650-1720* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1982), 38.

de Santiago. Mientras tanto, el viaje por tierra hacia el sur era tan arduo que la mayor parte de las noticias de la capital llegaban, enrevesadamente, desde la costa norte. No había donde dormir excepto «la cama grande» (el suelo) o una hamaca y muchos caballos, que ya eran caros, no podían sobrellevar el viaje<sup>179</sup>.

Los residentes de Puerto Plata componían un público profundamente cosmopolita ya que redes comerciales y de migrantes les unían a Europa, a la costa norte de Haití, a Las Islas Turcas y Caicos, a Santo Tomás, al sur de la Florida y a otros lugares. Desde 1756, Puerto Plata era un puerto libre, conocida también como «la Novia del Atlántico» gracias a sus intensas conexiones macrorregionales. Muchos de sus residentes hablaban dos o tres idiomas<sup>180</sup>. Hamburgo dominaba el comercio del tabaco, pero también muchos barcos llegaban y salían de Puerto Plata cargados de madera y tabaco del Cibao con destino a Dinamarca, Bremen y otros puertos principalmente europeos. Desde Puerto Plata salían dos o tres naves por día, lo que equivalía a casi diez veces el tráfico de la capital<sup>181</sup>. En cuanto al comercio regional, los buques británicos y daneses intercambiaban varios de sus productos por otros dominicanos. Las Islas Turcas y Caicos, que exportaban sal, dependían completamente de este intercambio<sup>182</sup>. Por esta ruta también llegaban personas a Puerto Plata, a Monte Cristi y a otros pueblos de la costa norte, siendo estos migrantes de Santo Tomás, Tortola, Nassau, Providenciales, Gran Turco, Jamaica, San Cristóbal, Nieves, Martinica, Guadalupe, Estados Unidos, Alemania, Francia y otros lugares. Una proliferación de apodos como «El inglés» o «La isleña» resalta la

---

<sup>179</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:104; Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 154; Hazard, *Santo Domingo, Past and Present*, 186.

<sup>180</sup> Hazard, *Santo Domingo, Past and Present*, 181.

<sup>181</sup> «Puerto de Plata Estado del movimiento marítimo . . . », *Gaceta de Santo Domingo*, núm. 54, 30 de enero de 1862, 3.

<sup>182</sup> GB Cónsul a Min. de Asuntos Exteriores, 1 de octubre de 1860, AGN-RD: RREE 14, Expdte. 7.12.

facilidad con que se recibían a estos migrantes. Algunos visitantes dan cuenta de la vida estable lograda por migrantes negros del pueblo que trabajaban como barqueros, lavanderas, carpinteros y otros oficios<sup>183</sup>. Cientos de emigrantes afroamericanos llegaron a Puerto Plata y establecieron escuelas multilingües, iglesias y sociedades de apoyo mutuo. Estos grupos habían llegado por invitación de Boyer, atravesando mares ya conocidos por mucho tiempo por los corsarios franco-haitianos<sup>184</sup>. Otros escaparon en busca de libertad en los años siguientes. Algunos llegaron desde Carolina del Sur y Georgia, a menudo a través de Los Cayos, lo que provocó que fueran registrados como provenientes de la Florida<sup>185</sup>. Las rutas de comercio y viaje unían la costa norte; por ejemplo, Cabo Haitiano quedaba a solo un día de viaje. Los habitantes de Monte Cristi enviaban madera para ser revendida en Puerto Plata, pero también participaban en un intenso comercio de ganado y cabras hacia el oeste, en la parte norte de Haití<sup>186</sup>. En ocasiones, algunas personas se mudaban a lo largo de la costa después de eventos importantes en sus vidas. Por ejemplo, Teresa Smith, retornó a Cabo Haitiano desde Puerto Plata luego del fallecimiento de su esposo<sup>187</sup>.

---

<sup>183</sup> Ver, por ejemplo, «Estado nominativo de los individuos llegados a este puerto desde el 1 de Octubre 1851 hasta el 1 de Julio de 1852», Puerto Plata, julio de 1852, AGN-RD: RREE A441, Expdte. 7; Puig Ortíz, *Emigración de libertos*, 25-26; Hazard, *Santo Domingo, Past and Present*, 175, 181, 201. Un informe sugiere que los migrantes afroamericanos llegaron primero en los años 1820, seguidos en la década siguiente por migrantes del Caribe británico (Meriño, «Expdte. reservado para tratar de la aplicación ... », 26 de septiembre de 1862, ANC: AP 53, Expdte. 20).

<sup>184</sup> Stanley Faye, «Commodore Aury», *Louisiana Historical Quarterly* 3 (July 1941): 1-87; Grégory Pierrot, comunicación personal, 29 de abril de 2016.

<sup>185</sup> Harris, «Summer on the Borders», 89; Emilio Rodríguez Demorizi, *Samaná: Pasado y porvenir* (Ciudad Trujillo [Santo Domingo]: Editora Montalvo, 1945), 333; Bernardo Vega, *Breve historia de Samaná* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 2004), 28.

<sup>186</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 187; Rafael Darío Herrera R., *Montecristi entre campeche y bananos* (Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 2006), 36.

<sup>187</sup> Theresa Smith al Cap. Gen., 1862, AGN-RD: Anexión 12, Expdte. 56, doc. s/n.



**Imagen 1.3** Tumba en Jacmel. Tanto el primer nombre como el apellido de Biencité Santana dan a entender que figuraba entre los muchos que tenían familiares en ambos lados de la isla. Foto de la autora, 2014.

Los migrantes regionales que huían de la esclavitud también construyeron comunidades junto a los dominicanos en la península de Samaná —ya en la década de 1780, un grupo religioso había establecido una Iglesia Episcopal Metodista Africana. En 1824, cuando el presidente Boyer emitió una invitación dirigida a migrantes afroamericanos, cientos hicieron de Samaná su hogar permanente, en comunidades como Protestant Heights, Free Fort y Palenque<sup>188</sup>. Muchos eligieron como oficio la agricultura, la construcción de navíos y otras actividades<sup>189</sup>. Relativamente aislados, construyeron comunidades trabajando la tierra en parcelas de dieciséis acres (aproximadamente

<sup>188</sup> Enrique Llansó y Oriol al Cap. Gen., Samaná, 4 de noviembre de 1864, AGN-RD: CH Leg. 24, Expdte. 212, 26 (originalmente 36).

<sup>189</sup> Hidalgo, «From North America to Hispaniola», 146; Fanning, *Caribbean Crossing*, 85.

6 hectáreas). A mediados de siglo, la península estaba escasamente poblada —contaba menos de dos mil personas— pero mantenía un saludable comercio de productos alimenticios con las Islas Turcas y Caicos<sup>190</sup>. Al igual que en Puerto Plata, los residentes de Samaná hablaban múltiples idiomas. Los residentes del pueblo y los visitantes se comunicaban fácilmente en español, inglés y kreyòl<sup>191</sup>. La llegada más frecuente de noticias regionales a Puerto Plata probablemente provenía de las islas y cayos británicos, aunque los pueblos de Samaná también se mantenían en contacto con estos puertos, gracias a un activo comercio de sal y cuero de vaca y a un pequeño flujo de migrantes. Los nuevos residentes mantenían contacto con sus familiares y pastores en Filadelfia y otras ciudades estadounidenses, continuaban siendo protestantes y, a veces, contraían matrimonio con isleños turcaicos. Muchos les escribieron a sus congregaciones en los Estados Unidos elogiando la libertad de religión; por ejemplo, un feligrés informó: «Disfrutamos de nuestro hogar y nuestra libertad de culto, en paz vecinal»<sup>192</sup>.

La intriga filibustera, el tráfico humano y las amenazas imperiales hicieron que los habitantes de la costa norte estuvieran muy atentos a la política regional y mantuvieran una vigilancia sobre asuntos abolicionistas y anticoloniales. Por ejemplo, las autoridades de Puerto Plata se apresuraron en actuar cuando un buque que se sospechaba transportaba cautivos atracó en su puerto. Contra la protesta de comerciantes españoles, los funcionarios del pueblo costero embargaron inmediatamente el buque y enviaron al capitán a Santo Domingo, donde, junto

---

<sup>190</sup> Keim, *San Domingo*, 110.

<sup>191</sup> Dagoberto Tejeda Ortiz, *Cultura y folklore de Samaná* (Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1984), 75.

<sup>192</sup> Tejeda Ortiz, *Cultura y folklore de Samaná*, 76. Ver también Martha Ellen Davis, «La historia de los inmigrantes afro-americanos y sus iglesias en Samaná según el reverendo Nehemiah Willmore». *BAGN* 36, núm. 129 (2011): 237-45.

a su tripulación, fue juzgado y condenado<sup>193</sup>. A pesar de su relativo aislamiento, los residentes de Samaná estaban muy atentos a los planes que posiblemente se maquinaban para la península tanto en la capital como en aguas cercanas<sup>194</sup>. Una expedición francesa a Samaná en 1822 reveló el interés colonial por la estratégica península, ambición ya establecida de antaño<sup>195</sup>. En los años cuarenta, los diplomáticos franceses argumentaron que una serie de deudas engañosas justificaban su ocupación de la península y enviaron allí buques de guerra en numerosas misiones<sup>196</sup>. Para los años cincuenta, los representantes de los Estados Unidos buscaban cómo imponer sus propios planes. Casi lograron negociar el arrendamiento perpetuo de la península y el establecimiento de un puerto libre. En respuesta a estas maquinaciones, los británicos y franceses enviaron buques de guerra, con lo que las negociaciones cesaron en seco<sup>197</sup>. Muchos de los recién llegados a la comunidad, como «Norberto [Ebora] el isleño, María la isleña», se involucraron en campañas anticoloniales en Puerto Plata y otros lugares<sup>198</sup>. Muchos mantuvieron su ciudadanía de origen. En 1854, un grupo de residentes de Samaná viajó desde la península hasta la capital para oponerse a un tratado propuesto con los Estados Unidos. Los manifestantes advertían al público capitalaño que Santana quería «engañar a la población de color para subyugarlos a la esclavitud»<sup>199</sup>.

---

<sup>193</sup> «Santo Domingo, Feb. 20: Seizure of a Portuguese Slaver by the Dominican Republic», *Frederick Douglass's Paper*, 22 de abril de 1853, 1.

<sup>194</sup> «Who Would Like to Do Some Good in Hayti?», *Christian Advocate and Journal* 29, núm. 23 (8 de junio de 1854): 91.

<sup>195</sup> Grégory Pierrot, «The Samaná Affair», *Haiti and the Atlantic World*. 9 de octubre de 2013. <https://haitidoi.com/2013/10/09/the-samana-affair-2/>.

<sup>196</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 62; Lockward, *Documentos*, 59.

<sup>197</sup> Keim, *San Domingo*, 119.

<sup>198</sup> «Proceso contra varios individuos acusados de complicidad en la sublevación que tubo lugar en Puerto Plata», septiembre de 1863, AGN-RD: CH Leg. 24 (AGI: Cuba 1014A), Expdte. 211.

<sup>199</sup> Lockward, *Documentos*, 233.

## Nuevos términos para el diccionario: identidades y políticas rurales

Mucha gente, si no la mayoría, residía lejos de las costas y de los pueblos, donde vivían en abundante autonomía y escasez material. Quizás unas 8,000 personas vivían en la capital y cerca de 12,000 en el resto de los pueblos del país, según un estimado<sup>200</sup>. En 1860, alrededor de 200,000 personas vivían dispersas en la ruralidad dominicana, es decir, apenas unos 7.4 habitantes por milla cuadrada (2.6 kilómetros cuadrados), comparado con 169 en Puerto Rico<sup>201</sup>. Casi en todas partes, excepto en el Cibao, hubiese sido muy dable tener acceso a tierra. En 1860, un viajero español se quejó de que «la población de raza africana en su mayor parte está diseminada de tal manera en algunos puntos, que se recorren distancias muy largas, sin hallar una sola choza en donde guarecerse de los rigores del sol». Los escasos caminos, la vegetación densa y las vías fluviales inundadas por la lluvia habían dificultado aún más su viaje<sup>202</sup>. El escaso transporte terrestre para realizar viajes a larga distancia significó que la mayoría de las comunidades rurales prosperaron en medio de un relativo aislamiento. Desde el período colonial, los dominicanos de color buscaron refugiarse de la explotación en actividades rurales como la ganadería<sup>203</sup>. Algunos investigadores tales como David Barry Gaspar han enfatizado cómo la gente

---

<sup>200</sup> Mariano Álvarez, «Memoria: Santo Domingo o la República Dominicana», SD, 20 de abril de 1860, AHN: Ultramar 2775, Expdte. 16.

<sup>201</sup> Martínez-Fernández, *Torn between Empires*, 90. Algunas estimaciones de la época sugieren que había unos 260.000 en el territorio (Ministros a la Reina, enero de 1865, AHN: Ultramar 2775, Expdte. 17).

<sup>202</sup> Felipe Rivero al Min. de la Guerra y Ultramar, SD, 19 de junio de 1862, AHN: Ultramar 3525, Expdte. 15. Décadas después, Pedro Francisco Bonó comentaría que: «los que están alrededor del pueblo son caminos; los de la sabana son senderos de ganado... Cada viejo dominicano que se ve obligado a hacer un viaje pasa la noche antes agitado como si fuera el que precediera a una batalla» (citado en Hoetink, *Dominican People*, 47).

<sup>203</sup> Rubén Silié, «The Hato and the Conuco: The Emergence of Creole Culture», en *Dominican Cultures: The Making of a Caribbean Society* (Princeton, NJ: Markus Wiener, 2007), 140.



esclavizada lograba construir espacios independientes sociales y psicológicos, incluso cuando se encontraban en los sistemas más intensos de esclavitud. Esta independencia e impenetrabilidad selectiva habrían sido aún más pronunciadas en contextos rurales autónomos del Santo Domingo posterior a la esclavitud<sup>204</sup>. Para los dominicanos rurales, las narrativas de identidad y diferenciación nacional, forjadas en la capital, eran una construcción extranjera o un simple léxico adicional. Para describirse a sí mismos, era más probable que los dominicanos rurales en todo el territorio invocaran un discurso de relación en vez de una identidad unitaria nacional<sup>205</sup>. Lo más probable aun es que sus comunidades contaran con historias e identidades plurales<sup>206</sup>. Más que nada, se gobernaban a sí mismos.

Los dominicanos rurales, incluso los más humildes, preferían vivir de manera semindependiente. Aun cerca de la capital, con solo un mes de trabajo en la tala de madera ganaban lo suficiente para tomar tres meses de licencia<sup>207</sup>. Otros tomaban rutas del ganado que conducían al oeste, hacia el territorio haitiano, como ya habían hecho por más de un siglo. En las zonas montañosas, los habitantes subsistían con varias prácticas de agricultura de tala y quema, pastoreo de animales y la captura de cerdos y otros animales silvestres. Los semisedentarios monteros, que vivían de esta manera, también podían trabajar para una familia que criaba ganado sin que se diera una estratificación social dramática<sup>208</sup>. Aquellos que vivían al servicio de un terrateniente

---

<sup>204</sup> David Barry Gaspar, *Bondsmen and Rebels: A Study of Master-Slave Relations in Antigua* (Durham, NC: Duke University Press, 1993 [1985]).

<sup>205</sup> Bruce Hall, *A History of Race in Muslim West Africa, 1600-1900* (New York: Cambridge University Press, 2011), 22.

<sup>206</sup> Mahmood Mamdani, *Define and Rule: Native as Political Identity* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2013).

<sup>207</sup> González, «Ideología del progreso y campesinado», 34. Sobre las incipientes divisiones laborales en la industria de la madera, ver Abreu Cardet y Álvarez-López, *Guerras de liberación*, 19.

<sup>208</sup> Vicioso, *El freno hatero*, 236.



lo hacían a cambio del uso de la tierra y otros derechos y muy rara vez a cambio de un salario<sup>209</sup>. Algunos buscaban familias más ricas para obtener crédito, empleo o padrinos. Particularmente en el sur, los grandes terratenientes involucrados en el negocio de madera y ganado ejercían una influencia considerable sobre otros residentes en el área<sup>210</sup>. Sin embargo, incluso en esas áreas la extensión de la tierra disponible era tal que facilitaba en gran medida la independencia. Los habitantes tenían sus propios cerdos y ganado vacuno, solían talar terrenos diferentes cada pocos años y, a veces, las mujeres manejaban las parcelas agrícolas mientras los hombres viajaban<sup>211</sup>. Por lo general, los terrenos comuneros no presentaban delineamientos claros, pero la negociación y la idea de pertenencia y usufructo de la comunidad daban vías de acceso<sup>212</sup>. El sistema del derecho común del uso de la tierra —los terrenos comuneros, que habían aturcido al presidente Boyer en sus intentos de comercializar la agricultura en los años veinte— continuó hasta bien entrado el siglo XX<sup>213</sup>. Solo se transportaban a larga distancia los productos que quedaban cerca de los puertos naturales o que podían transportarse por ríos a pequeña escala. Los animales de carga podían transportar tabaco y cacao, que eran ligeros pero valiosos, y el ganado se transportaba por sí solo. El azúcar en Azua y la madera en algunas zonas en el norte y sur eran los otros productos que podían transportarse por mula o bote pequeño sin mayor refinamiento. La agricultura

---

<sup>209</sup> Abreu Cardet y Álvarez-López, *Guerras de liberación*, 19-21.

<sup>210</sup> Landolfi, *Evolución cultural dominicana*, 55.

<sup>211</sup> Harris, «Summer on the Borders», 93; Vallejo, *Las madres de la Patria*, 48; González, «Ideología del progreso y campesinado», 30-31.

<sup>212</sup> Franks, «Transforming Property», 57.

<sup>213</sup> González, «Ideología del progreso y campesinado»; San Miguel, *Los campesinos del Cibao*; Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana*, Vol. 1. (Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 2000); Franks, «Transforming Property»; Turits, *Foundations of Despotism*, cap. 1.

no se transformó sustancialmente después de iniciarse el siglo XIX, y no lo haría por décadas<sup>214</sup>.

Es probable que los residentes rurales del este, para satisfacer sus obligaciones, se comportaran de manera similar a los residentes rurales de otras islas, es decir, abandonando sus empleos formales cuando sentían que podían subsistir por su cuenta durante un tiempo<sup>215</sup>. En estas zonas, donde el patrocinio de la tierra engendraba lealtad, es probable que los lazos de partido hayan sido más duraderos que la política de partidos en los pueblos<sup>216</sup>. Como han señalado otros académicos, aunque los estudios sobre los caudillos han evitado dar explicaciones personalistas de su popularidad, no hay nada ilógico en el encanto del carisma personal de Santana o Báez hasta donde realmente llegara su influencia. Los principios de reciprocidad, su reputación casi mitológica y el lenguaje de «preservación moral de la sociedad» los sustentaban<sup>217</sup>. Dadas las circunstancias descentralizadas y caprichosas de estos años, el principio de que un individuo poderoso pudiera difundir la justicia, en vez de una gestión disminuida y distante, representaba el remedio más inmediato<sup>218</sup>. También dominaba el miedo, en la medida que muchas rivalidades provocaban manifestaciones de violencia pública. Alejandro Guridi, un antiguo partidario de Santana, observó que Santana tenía «gran popularidad entre los jefes y las masas de los campos el respeto con que muchos miles lo miraban

---

<sup>214</sup> Hoetink afirma que los arados con punta de metal no se introdujeron en el valle del Cibao hasta 1898; los campesinos trabajaban con herramientas de madera llamadas coas (*Dominican People*, 5).

<sup>215</sup> Figueroa, *Sugar, Slavery and Freedom*, 171.

<sup>216</sup> Ariel de la Fuente, *Children of Facundo: Caudillo and Gaucho Insurgency during the Argentine State-Formation Process (La Rioja, 1853-1870)* (Durham, NC: Duke University Press, 2000), 191.

<sup>217</sup> De la Fuente, *Children of Facundo*, 31, 126.

<sup>218</sup> Caleb Smith, *The Oracle and the Curse: A Poetics of Justice from the Revolution to the Civil War* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2013); Reuben Zahler, *Ambitious Rebels: Remaking Honor, Law, and Liberalism in Venezuela, 1780-1850* (Tucson: University of Arizona Press, 2013).

y el miedo, el verdadero terror»<sup>219</sup>. En las zonas del centro de la isla, circulaban rumores de que los partidarios de Báez también tenían poderes supernaturales, incluyendo la posesión de balas mágicas<sup>220</sup>. Sin embargo, en todas las circunstancias, la relativa abundancia de tierra disminuyó la desigualdad y dio más ventaja a los dominicanos rurales. Probablemente, la actitud promedio era de una aversión general a la interferencia del Estado —que pareciera irrelevante y posiblemente costosa o disruptiva. Mientras que algunos pudieron dejarse arrastrar por el vaivén político de los caudillos, otros probablemente se abstuvieron totalmente de involucrarse. Por ejemplo, varios vecinos de un jornalero que había sido acusado de rebelión comentaron posteriormente que este «nunca se comprometería con ningún gobierno»<sup>221</sup>.

Los habitantes rurales se construyeron un universo moral diferente, con imperativos políticos distintos a los de la clase gobernante de la capital. Acogieron una concepción moral del tiempo que se medía por época: la Revolución Haitiana, por ejemplo, terminó «el tiempo de los blancos»; otros recordaban «cuando los blancos colgaron» o hacían una futura profecía, «cuando los blancos cuelguen»<sup>222</sup>. Del mismo modo, villanos y héroes podían trascender la temporalidad. El cuento de don Melchor, un codicioso dueño de esclavos de San Cristóbal que halló la muerte al caerse del cielo mientras trataba de alcanzar el paraíso, era una leyenda que persistía como moraleja desde el siglo XVI<sup>223</sup>. Las luchas, la emancipación, los desastres naturales, la migración, las enfermedades, las sequías, las plagas, las hambrunas y

---

<sup>219</sup> Blanco Díaz, *Alejandro Angulo Guridi*, 1:24, 131; otros concuerdan (Marte, *Correspondencia*, 95).

<sup>220</sup> Emilio Jorge Rodríguez, «Encroachment of Creole Culture on the Written/Oral Discourses of the Dominican/Haitian Borderland», en *A Pepper Pot of Cultures: Aspects of Creolization in the Caribbean*, 109-36 (New York: Editions Rodopi, 2003), 116.

<sup>221</sup> Declaración del testigo paisano Fermín Vázquez, en «Sumaria Instruido contra el paisano Manuel de Arias acusado de Sospechoso», SD, julio de 1864, AGI: Cuba 1012A, «Sumarias», 5v.

<sup>222</sup> Marte, «La oralidad sobre el pasado insular», 21; Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 17, 36, 70.

<sup>223</sup> De la Rosa Garabito, *San Cristobal en la historia dominicana*, 12.

la llegada de extranjeros marcaron las creencias y epistemologías políticas, incluso cuando los modos y tecnologías laborales se mantenían bastante constantes. Las conexiones interpersonales oscilaban entre la autarquía y los lazos entre extensos clanes familiares y hasta vínculos de patrocinio y compadrazgo formal. Algunas comunidades podían haber valorado que sus miembros más prominentes hicieran una redistribución periódica de bienes<sup>224</sup>. La autoridad surgía de múltiples fuentes, desde lo geográficamente cercano hasta lo distante celestial. Puede que los asentamientos conmemoraran a sus fundadores con especial veneración; además, es probable que las personas basaran sus reclamos de pertenencia local en una genealogía de parentesco<sup>225</sup>.

La distinción y la independencia formaban el vocabulario de la vida cotidiana. La soledad extrema de las zonas montañosas del sur fascinaba a los dominicanos de los pueblos costeros cercanos, quienes la consideraron hasta sobrenatural. En los años 1860, los habitantes de un pueblo afirmaron haber capturado unos *biembienes* —cimarrones tan aislados que supuestamente no tenían ni siquiera lenguaje<sup>226</sup>. Un viajero que andaba por el centro de la isla se maravilló con el singular vocabulario rural:

¡Nuevos términos para el diccionario! Aquí, por decir estaban muchos juntos o había muchos, se dice: *había pila*. Por apelluzagados, *embarbascáos*. Por órganos, *cerones*; por chamarra, *celeque*; por decir que cualquiera es capaz de hacer algo, *esgarita*; por a propósito con intención, *expresmente*; por bollos,

---

<sup>224</sup> Con respecto a las normas de reciprocidad en otras zonas rurales del Caribe, ver, por ejemplo, Brackette F. Williams, *Stains on My Name, War in My Veins: Guyana and the Politics of Cultural Struggle* (Durham, NC: Duke University Press, 1991).

<sup>225</sup> Donald Macleod, «Narratives of Belonging and Identity in the Dominican Republic», en *Caribbean Narratives of Belonging* (Oxford: Macmillan, 2005), 97-114. Este modelo sería similar al del reconocimiento del fundador original (*prenmye mèt bitayson*) de un *lakou* en el oeste (Ramsey, *Spirits and the Law*, 68).

<sup>226</sup> Carlos Larrazábal Blanco, *Los negros y la esclavitud* (Santo Domingo: Julio D. Postigo e Hijos Editores, 1975), 170. Sobre seres semi-antropomorfizados y metamorfosis en el campo dominicano del centro de la isla, ver Derby, «Male Heroism».

*güalimones*, por mosca de esas comunas, *prieta*; por coger a un descuidado, sorprenderle, lo cogió *nete*<sup>227</sup>.

Los vocablos prestados del francés y del kreyòl y el vocabulario rural regional específico, mostraban inflexiones culturales totalmente distintas entre una región y otra, algunas de ellas escasamente pobladas. Un académico ha propuesto que, solo en el centro de la isla, existían hasta ocho regiones de geografía y agricultura distintas<sup>228</sup>. Mucho más allá de los asentamientos de cimarrones en las montañas centrales, los residentes rurales creían que los *biembienes* —a veces caracterizados como criaturas siniestras y otras veces como humanos— poblaban las lomas. El nombre *biembienes* evocaba una invitación de las personas que habían escapado de la esclavitud en el pasado: «[*viens! viens!*] ¡Vengan! ¡Vengan!».

El Gobierno tenía un alcance limitado en el país, y aunque la constitución requería cinco tribunales regionales, solo se establecieron dos, en Santo Domingo y Santiago de los Caballeros, y sus registros fueron mínimos. Nadie tradujo el Código Civil del francés después de la Separación, y dada la dispersión de la población y el costo de los viajes, muchos casos se prolongaron por mucho tiempo<sup>229</sup>. La mayoría de los residentes rurales probablemente resolvía sus disputas fuera de los procedimientos formales. Los ricos también administraban justicia de manera extrajudicial, «sin ensuciarnos con estas costosas molestias, que son los tribunales y prisiones»<sup>230</sup>. El acto de legislar también procedía

---

<sup>227</sup> Fragmento de *El Grito de la Frontera*, primavera 1857, en José Luis Sáez, comp. *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño* (Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 2007), 70.

<sup>228</sup> Frank Moya Pons, «Las ocho fronteras de Haití y la República Dominicana», en *La Frontera: Prioridad en la agenda nacional* (Santo Domingo: Secretaría de Estado de las Fuerzas Armadas, 2003), 441-46; Eduardo García Tamayo, «Cultura campesina en la frontera norte», *Estudios Sociales* 17, núm. 55 (enero-marzo 1984), 43-57.

<sup>229</sup> José Malo de Molina al Cap. Gen. Francisco Serrano, 4 de septiembre de 1861 (15 de julio de 1861), AHN: Ultramar 3532, Expdte. 1, doc. 2, pp. 17, 39, 43 (en adelante citado como Malo de Molina a Serrano, «Memoria»).

<sup>230</sup> Fabens, Montgomery, y Kimball, *In the Tropics*, 162.

informalmente. Desde los días de Juan Sánchez Ramírez el carisma y la destreza militar habían suplantado los dictados escritos en la capital; en 1811 un contemporáneo observó maravillado: «Todo parece que se hacía por [sus] ordenes verbales»<sup>231</sup>. Así mismo, Buenaventura Báez y Pedro Santana gobernaron en gran parte por decreto oral. Los primeros funcionarios españoles que llegaron desde Cuba en 1861, denunciaron que no había ninguna «legislación definida», lo cual dejaba a los ciudadanos en manos de los dos caudillos<sup>232</sup>. El presidente dictaba la ley de acuerdo con sus inclinaciones, incluso cuando hacía promesas vacías con tal de ganarse la voluntad popular<sup>233</sup>.

La autoridad militar llegaba algo más lejos. La mayoría servía irregularmente, a menudo por conscripción, un cargo que muchos resentían<sup>234</sup>. Como expresó un escritor más tarde, «al pobre no lo llaman para cosa buena»<sup>235</sup>. Como había pocos fondos para pagar a los soldados, los oficiales locales recompensaban a los hombres con rango y comisiones<sup>236</sup>. Los regimientos regionales funcionaban de manera independiente y descentralizada, tomando prestada la estructura que habían heredado de la Guardia Nacional de Haití; los soldados del este todavía usaban algunos mandatos en francés<sup>237</sup>. Un testigo afirmó

---

<sup>231</sup> José Núñez de Cáceres al Secretario de Estado, SD, 18 de febrero de 1811, AGI: Audiencia de SD 1016, Expdte. s/n.

<sup>232</sup> Francisco Serrano, *Informe de la visita a SD*, SD, 5 de septiembre de 1861, en Rodríguez Demorizi, *Antecedentes*, 245.

<sup>233</sup> Malo de Molina a Serrano, «Memoria», 17; Pérez Memén, *El Pensamiento Dominicano*, 31.

<sup>234</sup> Lockward, *Documentos*, 214; Keim, *San Domingo*, 223.

<sup>235</sup> Emilio Rodríguez Demorizi, *Cuentos de política criolla*. 2nd ed. Prólogo de Juan Bosch (Santo Domingo: Librería Dominicana, 1977), 36.

<sup>236</sup> Martínez-Fernández, *Torn Between Empires*, 93; Franks, «Transforming Property», 103. Un joven agente secreto informó a las autoridades puertorriqueñas que los soldados nunca recibieron pago, ya que los fondos públicos eran «el vómito de miles de billetes» de papel moneda (Conde de [Spiculot] a Ramón María Narváez, Sec. de Estado y Despacho de la Guerra, Puerto Rico, 18 de enero de 1845, SHM: Ultramar 5646, Expdte. 4, «Asuntos: Operaciones de Campaña ... 1843-1857»).

<sup>237</sup> Franks, «Transforming Property», 90; Rodríguez Demorizi, *Del vocabulario dominicano*, 20, 40.

que «cada general de división es un pequeño presidente en su propia provincia, y pronuncia cualquier decreto odioso, ‘en virtud del artículo 210’, aunque ese poder sólo se le concede al presidente»<sup>238</sup>. Para 1861, los regimientos dominicanos contaban con por lo menos unos 330 oficiales, probablemente más, y estos oficiales tenían derechos especiales, tanto para los cortes de madera como para la distribución de productos traídos al por mayor por comerciantes extranjeros<sup>239</sup>. Los de rango superior solían gobernar abusivamente en los pueblos. Una queja sobre un general habitualmente borracho expuso lo siguiente: «No respeta a las mujeres casadas, a las niñas, a las doncellas, ni a los hombres honorables ni a ninguna clase de persona y es un perturbador de la paz dondequiera que llega»<sup>240</sup>. Los soldados rasos disfrutaban de menor preeminencia y es posible que invocaran su servicio militar, más que derechos u otras cualidades, como un modo de afirmar su pertenencia política<sup>241</sup>. Como sucede con otros ejércitos, la élite política valorizaba su obediencia<sup>242</sup>. Un periodista de la capital quiso imaginar el fin de la centralidad de la vida militar y señaló: «Nuestra vida ayer era la vida del lidiador, la vida del soldado, ó del ciudadano que se armaba»; pero insistió: «de aquí para adelante nuestra época debe mudar»<sup>243</sup>. Los periodistas solían lamentar la carga que representaban los gastos militares en el escaso presupuesto del Gobierno<sup>244</sup>.

---

<sup>238</sup> Porter, *Diario de una misión secreta*, 15.

<sup>239</sup> Febres-Cordero Carrillo, «La Anexión», 232; Torrente, *Política ultramarina*, 294; Neici Zeller, comunicación personal, 19 de agosto de 2015.

<sup>240</sup> Míchez al Director General del Ramo de la Guerra, Seybo, 16 de julio de 1861, AGN-RD: Colección Herrera Leg. 21, Expdte. 174, 17.

<sup>241</sup> Hoetink se refiere a la importancia del estatus militar en el prestigio de la comunidad como una «ideología heroica» (*Dominican People*, 166).

<sup>242</sup> Elizabeth Samet, *Willing Obedience: Citizens, Soldiers, and the Progress of Consent in America, 1776-1898* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2004); «La obediencia pasiva del soldado», *El Porvenir*, núm. 4, 29 de octubre de 1854, 3.

<sup>243</sup> «Varias reflexiones sobre cuál debe ser el espíritu público para salvar la situación que atravesamos», *El Porvenir*, núm. 2, 15 de octubre de 1854, 1.

<sup>244</sup> *El Eco del Pueblo*, núm. 18, 23 de noviembre de 1856, 1.

El conocimiento espiritual informaba intensamente la vida dominicana. Las prácticas religiosas populares diferían de la doctrina del «catolicismo ferviente» de la élite urbana, pero formaban parte integral de la vida cotidiana<sup>245</sup>. De hecho, las hermandades religiosas servían como una importante red social rural y sus miembros las administraban en gran parte sin la supervisión del clero<sup>246</sup>. En los hogares, la práctica popular probablemente tenía lo que algunos sociólogos han denominado un «núcleo matriarcal», en el sentido de que no solo veneraba a figuras femeninas como la Virgen María, sino que también daba importancia espiritual a las mujeres practicantes en general, como devotas, expertas en rituales o simplemente mujeres de fe<sup>247</sup>. Las prácticas de hacer promesas y de montar altares personales, de reunirse para velatorios y procesiones para conmemorar a miembros de la comunidad fallecidos y los festivales patronales y las peregrinaciones, conectaban a las personas directamente con las divinidades y entre ellas mismas. Los ritos colectivos y la veneración de su santo patrón regional eran importantes principios organizativos<sup>248</sup>. Las peregrinaciones anuales a la Virgen de la Altagracia en Higüey unían a los fieles de toda la isla<sup>249</sup>. Todas estas modificaciones a la práctica centrada en el sacerdocio —desde la autoridad de las cofradías regionales hasta las prácticas de adivinación— servían de fundamento a una autoridad alternativa entre los miembros de la comunidad. Al igual que los practicantes de la Obia [Obeah] en otras islas, los dominicanos adoptaron epistemologías de justicia que existían paralelas y separadas de los discursos

---

<sup>245</sup> Martínez-Fernández, «The Sword and the Crucifix», 70.

<sup>246</sup> Robin Derby, comunicación personal, 11 de agosto de 2015.

<sup>247</sup> Ana María Díaz-Stevens, «The Saving Grace: The Matriarchal Core of Puerto Rican Catholicism», *Latino Studies Journal* 4, núm. 3 (1993): 60-78.

<sup>248</sup> La Cofradía del Espíritu Santo en el valle de San Juan es otro ejemplo (Robin Derby, comunicación personal, 11 de agosto de 2015).

<sup>249</sup> «Romerías a Higüey», *El Oasis*, núm. 18, 28 de octubre de 1855, 70-71.



burgueses sobre la legalidad<sup>250</sup>. Las cofradías existían en el campo tanto como en los pueblos, como la Hermandad Negra de San Antonio en el valle del Cibao. En 1806 un funcionario se quejó de que «estos negros siempre han vivido en un estado de independencia... lo que nunca ha permitido [a los funcionarios] recolectar cualquier ganancia de ellos»<sup>251</sup>. Los académicos juzgarían que una invocación como la de 1844, «¡Viva la República Dominicana y la Virgen María!», representaba un «grito ingenuo y lindo», pero esta conexión de ambas no debía de sorprender a nadie<sup>252</sup>.

En su fe, los dominicanos y los haitianos compartían terminologías que se complementaban, en una conexión tan fundamental que permitió que ambos pueblos veneraran juntos a la Virgen de la Altagracia durante siglos<sup>253</sup>. Los cantos de llamada y respuesta, la liturgia con el énfasis en el Espíritu Santo y las experiencias de conversión emocional caracterizaban la práctica espiritual en toda la isla. Los bailes de un día entero en los días de santos y otros festivales encarnaban las expresiones tristes o alegres de la fe<sup>254</sup>. El tambor agregaba un elemento ritual importante en algunas áreas, incluyendo los palos de muerte y las

---

<sup>250</sup> Diana Paton, *No Bond but the Law: Punishment, Race, and Gender in Jamaican State Formation, 1780-1870* (Durham, NC: Duke University Press, 2004), 184.

<sup>251</sup> Nessler, «The Shame of the Nation», 5-28. Traducido del inglés, no del original.

<sup>252</sup> Janvier, *Haiti et ses visiteurs*, 603.

<sup>253</sup> A lo largo del período colonial y el de la unificación, algunos fieles haitianos viajaron hasta Higüey para la peregrinación anual a la Altagracia (Ramsey, *Spirits and the Law*, 6-7; James Franklin, *Present State of Hayti (St. Domingo): With Remarks on Its Agriculture, Commerce, Laws, Religion, Finances, and Population, etc.* (London: John Murray, 1828), 297-98; Terry Rey, «Toward an Ethnohistory of Haitian Pilgrimage», *Journal de la Société des Américanistes*, núm. 91-1 (2005): 161-83). En el vudú occidental, o Ginen, Erzulie Freda, del panteón de la rada, es identificada con Altagracia; en Santo Domingo a veces se le identifica con Ezili Aíla (Alaíla) (Carlos Esteban Deive, *Vodú y magia en Santo Domingo* (Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano, 1975), 227).

<sup>254</sup> Paul Austerlitz, *Merengue: Dominican Music and Dominican Identity* (Philadelphia: Temple University Press, 1997), 25.

fiestas o bailes de palo<sup>255</sup>. Los extranjeros comentaban con desaprobación que las celebraciones dominicanas eran escandalosas y que «cantar y gritar» después de los bautizos era común<sup>256</sup>. Uno podía tratar de limpiar o mejorar su suerte, atar a su cónyuge o amante, obtener protección con un resguardo y buscar la ayuda (o venganza) de los difuntos<sup>257</sup>. Muchos fieles realizaban una veneración especial para los santos, como San Miguel, cuya importancia cruzaba los panteones religiosos, y también Erzulie, Ogou y los Marassa Jumeaux<sup>258</sup>. Especialmente en las áreas del centro de la isla se podía recurrir a expertos en rituales a papabocó o papaluá y algunos fieles del este le concedían una autoridad especial, o «potencia generativa», a los practicantes del oeste<sup>259</sup>. Esa autoridad podía trascender el tiempo y el espacio. Los rituales de duelo de las familias dominicanas —las vigilias funerarias de nueve días y los ritos como el baquiní para bebés fallecidos— se asemejaban a rituales realizados en Jamaica, Colombia, Puerto Rico y en otros lugares<sup>260</sup>. La repetición de estos ritos, un año y siete años después de la muerte de la persona, pone de relieve la central importancia de los antepasados. Figuras como la *jupía* y la *ciguapa* (espíritus taínos que vagaban por los campos), las *nimitas* (criaturas brillantes como las luciérnagas que

---

<sup>255</sup> Guerrero Cano, *Disciplina y laxitud*, 67.

<sup>256</sup> «Bando», en *Colección de leyes, decretos y resoluciones emanadas de los poderes legislativo y ejecutivo de la República Dominicana* (Santo Domingo: Imprenta de García Hermanos, 1883), 4:150.

<sup>257</sup> Elixiva María Vásquez de Díaz, *Antiguallas de Neyba* (Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1997), 116; Guaroa Ubiñas Renville, *Historias y leyendas afro-dominicanas* (Santo Domingo: Editora Manatí, 2003), 91; Brendan Thornton, comunicación personal, 4 de julio de 2015.

<sup>258</sup> Larrazábal Blanco, *Los negros y la esclavitud*, 190.

<sup>259</sup> Lauren Derby, «Haitians, Magic, and Money: Raza and Society in the Haitian-Dominican Borderlands, 1900-1937», *Society for Comparative Study of Society and History* 36, núm. 3 (1994): 520.

<sup>260</sup> Besson, *Martha Brae's Two Histories*, 257; Martha Ellen Davis, «Afro-Dominican Religious Brotherhoods: Structure, Ritual, Music», tesis doctoral, University of Illinois, 1976.

cuidaban de los vivos) y otras criaturas potencialmente malévolas —como los *barsélicos*, *galipotes*, *zánganos* y *bacás*— encarnaban la vibrante conexión entre los seres humanos del campo dominicano y el más allá<sup>261</sup>. En algunas áreas en la temporada de cosecha, los dominicanos realizaban sus labores con la ayuda colectiva de vecinos y familiares y sus canciones de trabajo colectivo, *convites*, hacían eco de los *konbits* de Haití<sup>262</sup>.

Los dominicanos viajaban a menudo a Haití, formando distintos circuitos familiares y comerciales. Familias enteras solían viajar desde Puerto Plata y Santiago a Cabo Haitiano. Algunos habían dejado a sus esposos y padres en Haití y esperaban regresar. Por ejemplo, la esposa de José del Carmen Rodríguez era haitiana y tenía familiares en todo Haití a quienes no había visto en dieciocho años. Ella, José, sus cuatro hijos y «un peón» hicieron el viaje para visitar a sus familiares, tal vez con el motivo de quedarse<sup>263</sup>. Algunos habían dejado a sus cónyuges y otros familiares en Haití y anhelaban regresar. Ese es el caso, por ejemplo, de Rudolfo Ovidio, un niño de catorce años que quería conocer a la familia de su madre. En otro caso, cuando intentó visitarlas veinte años después, Nicasio Jiménez informó que su suegra y su cuñada vivían en Haití «desde la Separación»<sup>264</sup>. Algunos se mudaron varias veces durante su vida, como José María Sánchez, quien se mudó de Higüey a Cabo por tierra a través de Dajabón cuando era niño y más tarde se estableció en otro lugar en el centro de la isla, Las Matas de

---

<sup>261</sup> Vásquez de Díaz, *Antiguallas de Neyba*, 322.

<sup>262</sup> Martínez, «Not a Cockfight», 92; Vásquez de Díaz, *Antiguallas de Neyba*, 153.

<sup>263</sup> José del Carmen Rodríguez al Cap. Gen., Santiago, 21 de enero de 1863, AGN-RD: Anexión 12, Expdte. 56, doc. s/n. <sup>262</sup> Gob. Militar de Santiago a José Hungria, Santiago, 7 de noviembre de 1862, AGN-RD: Anexión 12, Expdte. 56, doc. s/n. Otros solicitantes de pasaportes eran ambiguos acerca de sus motivos, citando solamente «asuntos particulares».

<sup>264</sup> José María Sánchez al Cap. Gen., s/f, probablemente 1862-63, AGI: Cuba 1025A, Expdte. «Declaraciones recibidas», doc. s/n.

Farfán<sup>265</sup>. Los habitantes del sur viajaban a la costa norte por barco, como hizo Anna María LaPlace, quien viajó de Santo Domingo a Cabo Haitiano por razones personales<sup>266</sup>. El periódico del Gobierno de Haití publicó listas de nuevos ciudadanos naturalizados y las mujeres dominicanas podían obtener su propia naturalización en Haití<sup>267</sup>. En la costa norte se daba un enérgico intercambio comercial en ambas direcciones. Al mismo tiempo, pequeños comerciantes haitianos, *pacotilleurs*, viajaban regularmente vendiendo sus mercancías a los campesinos a lo largo de su ruta hasta Higüey<sup>268</sup>. En la porosa región sur de la zona central de la isla, la migración era tan antigua como las comunidades cimarronas que habían acogido a los que se fugaban de la esclavitud en la época colonial y el comercio de ganado aún floreciente. Los patrones de asentamiento correspondían a una viva memoria geográfica del pasado reciente.

Los habitantes de la supuesta frontera o, más precisamente, de la zona sur de la región central de la isla, estaban informados pero mantenían una separación estratégica de los proyectos políticos de las dos capitales de la isla. Estas dos ciudades se conectaban por viajes relativamente menos directos que podían tardar hasta dos semanas en condiciones desfavorables. Así, las noticias de Santo Domingo a menudo llegaban a Puerto Príncipe a través de un relevo en Santo Tomás o Las Islas Turcas y Caicos y viceversa. En cambio, el activo comercio de ganado y de madera conectaba al «sur profundo» con el oeste y el intercambio de café se dirigía hacia el este. Para mediados de siglo, puede haber habido algunos

---

<sup>265</sup> Anna María LaPlace al Cap. Gen., Puerto Plata, 15 de enero de 1863, AGN-RD: Anexión 12, Expdte. 56, doc. s/n.

<sup>266</sup> Ejemplo, Madame Beazley y Madame Gustave Ducastro (*Le Moniteur Haïtien*, núm. 14, 9 de marzo de 1861, 1; *Le Moniteur Haïtien*, núm. 15, 16 de marzo de 1861, 1).

<sup>267</sup> Ejemplo, Madame Beazley y Madame Gustave Ducastro (*Le Moniteur Haïtien*, núm. 14, 9 de marzo de 1861, 1; *Le Moniteur Haïtien*, núm. 15, 16 de marzo de 1861, 1).

<sup>268</sup> Théodat, *Haïti et la République Dominicaine*, 217.

enclaves internacionales de individuos y familias dedicados por décadas a la venta de madera en ambos lados de la isla<sup>269</sup>. Este «libre comercio a través de la frontera» continuó siendo una preocupación principal en las negociaciones de los tratados de los años cincuenta<sup>270</sup>. En algunas áreas del centro de la isla las comunidades se transformaban lentamente. En los casi noventa años transcurridos desde el Tratado de Aranjuez, unos cambios demográficos disolvieron los límites entre etnia y comunidad. Por ejemplo, Hinche o Híncha, en la zona norte central, se transformó gradualmente, volviéndose más haitiano, un cambio pacífico que se hizo evidente al momento de la Separación. Varias décadas después, un hombre recordaría que la Separación había provocado una especie de acaparamiento de tierras en ciertas partes y que los comerciantes de madera aparecían de pronto con títulos falsos para seguir haciendo negocio como lo habían hecho antes<sup>271</sup>.

En el centro de la isla, ambos Gobiernos apenas tenían una colección de puestos militares bien dispersos. En áreas de tanto intercambio, la gente podría haber invocado la idea de «nación» más como una estrategia que como una comunidad. La identidad y la filiación de los habitantes de la zona se complementaban, se entremezclaban y se transformaban. Los viajeros y los habitantes negociaban regularmente sus diferencias, tal vez a través del humor, cuando estas no eran irrelevantes<sup>272</sup>. Algunos pueblos, como Neiba, se fundaron a través de siglos

---

<sup>269</sup> Refiriéndose a la francesa Sra. Rosette en Yuna (Copiador, 7 de marzo de 1848); para estadísticas sobre la venta de madera durante este período, que alcanzó su punto máximo en los años 1830, ver Abreu Cardet y Álvarez-López, *Guerras de liberación*, 17-19.

<sup>270</sup> Raybaud, *Soulouque et son empire*, 277; Copiador, 6 de mayo de 1857.

<sup>271</sup> José María Sánchez al Cap. Gen., *s/f*, probablemente 1862-63, AGI: Cuba 1025A, Expdte. «Declaraciones recibidas», doc. *s/n*. *El Dominicano* se quejó de los intereses extranjeros en Híncha, y escribió: «¿Quién no sabe que [casi toda] esta industria es extranjera, con el nombre de algún haitiano?» (N. 8, 24 de noviembre de 1845, 29).

<sup>272</sup> Sobre los «ejes contradictorios» de la construcción de identidad y la idea de «co-presencia» en las regiones centrales de la isla en décadas posteriores, ver Derby, «Haitians, Magic, and Money», 490, 495.

de cimarronaje proveniente del oeste. Las expresiones del lenguaje fundamental de la vida cotidiana —como las palabras para el hambre, el miedo, los mercados, los escándalos, entre otras— fácilmente mezclaban el kreyòl de la región central de la isla con el español de la región<sup>273</sup>. Los habitantes de San Juan de la Maguana, y otros más al norte, vivían del comercio de ganado con Haití. Para los comerciantes de ganado, Puerto Príncipe estaba mucho más cerca que Santo Domingo<sup>274</sup>. Al no ser particularmente leales al este (ni mucho menos «anti-haitianos»), los campesinos, los ladrones de ganado y los militares de las regiones del centro y centro-sur de la isla representaban un desafío directo para la autoridad política. Pueblos enteros tenían la reputación de tener lealtades cuestionables o controvertidas. En 1847, un cónsul francés comentó que Neiba era de «conocida mala disposición»<sup>275</sup>. Una década después, un periódico dominicano advirtió que «ha triunfado el anarquismo con que amenazaban á la Patria algunos desnaturalizados ciudadanos»<sup>276</sup>. Las autoridades haitianas también concebían la región como un espacio para criminales y acusaron al Gobierno dominicano de apoyar el robo de ganado<sup>277</sup>. A su vez, las autoridades dominicanas devolvían las acusaciones y se quejaban repetidamente de que oficiales militares haitianos de bajo rango querían difundir «cartas de seducción» a los oficiales militares dominicanos y a otros residentes<sup>278</sup>.

---

<sup>273</sup> Vázquez de Díaz, *Antiguallas de Neyba*, 321-26.

<sup>274</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 185. Lauren Derby observa que la prevalencia de estas redes hacia el oeste, y la relativa falta de infraestructura que conectara la región con la capital dominicana, perduraron hasta el siglo XX («Haitians, Magic, and Money», 488-526).

<sup>275</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:22.

<sup>276</sup> *El Eco del Pueblo*, núm. 26, 1 de febrero de 1857, 101.

<sup>277</sup> Otros testigos, incluyendo a las autoridades españolas, apoyaron estas afirmaciones (Philantrope Noël a la Brigada Buceta, Dajabón, 15 de agosto de 1863, AHN: Ultramar 3525, Expdte. 99, Anexo 6; López Morillo, *Memorias sobre la segunda reincorporación de Santo Domingo*, 82).

<sup>278</sup> Copiador, 26 de julio de 1850.

Las confabulaciones políticas en la región central de la isla nunca cesaban. Los militares locales tenían metas que oscilaban entre ambiciones militares personales, vagas declaraciones de autonomía subregional, oposición abierta al Estado dominicano y hasta propuestas de reunificación con Haití. Adicionalmente, los oponentes de Santana huían repetidamente al área cuando necesitaban reagruparse<sup>279</sup>. Los periódicos de Santo Domingo describían las acciones de estos hombres como «criminales» o «desnaturalizados». Algunos se hicieron notorios y sus apodos, «el Quirí», «Cabulla», entre otros, eran bien conocidos por las autoridades y por el público en general. Sus objetivos eran similares a los de los ambiciosos separatistas y a los de los prominentes líderes regionales en Haití u otros sitios de la periferia estatal en todo el Caribe. Los oficiales invocaban rivalidades nacionales para sus propios fines y alegaban que sus servicios, en lugar de cualquier reivindicación etnolingüística, les permitían pertenecer a la estructura nacional que decidieran apoyar<sup>280</sup>. Según el historiador Ismael Hernández Flores, los jóvenes de la región pronto se alejaron de cualquier rencor que hubiera tocado la región en 1844 y rápidamente volvieron a patrones, de siglos de antigüedad, de comunidad, comercio y colaboración política<sup>281</sup>.

### Provocación, inestabilidad y revolución

Las crisis económicas, la agresión diplomática, el descontento popular y la violencia política plagaban constantemente la nueva república. Francia, España y los Estados Unidos se negaban a reconocer la nueva

---

<sup>279</sup> Hernández Flores, *Luperón, héroe y alma*, 97.

<sup>280</sup> Sharika Crawford, «Politics of Belonging to a Caribbean Borderland: The Colombian Islands of San Andrés and Providencia». Ponencia presentada en la conferencia de la American Historical Association, New York, 4 de enero de 2015. Para el uso de «desnaturalizado», ver, por ejemplo, *El Eco del Pueblo* núm. 26, 2/1/1857, p.101.

<sup>281</sup> Hernández Flores, *Luperón, héroe y alma*, 96.

república, buscando concesiones, especialmente la cesión de la península de Samaná<sup>282</sup>. Gran Bretaña, la primera en reconocer la República Dominicana en 1850, buscó activamente obstaculizar otros tratados. Los agentes británicos y franceses a veces presionaban a favor de la reunificación de la isla para evitar la influencia de los Estados Unidos, para cobrar deudas, o simplemente porque no complacía a su sensibilidad el hecho de que dos «estados negros» estuviesen apartados<sup>283</sup>. Más aun, estas autoridades intervenían abiertamente en la política nacional dominicana y agraciaban con su favor al caudillo que percibían como más receptivo a sus deseos de concesiones. Los franceses tendían a favorecer a Báez por sus reiteradas (aunque no exclusivas) súplicas anexionistas. Los agentes de los Estados Unidos decidieron que Santana les daría las concesiones que buscaban y un diplomático español inició un plan de ciudadanía española que implicaba una inmunidad política tentadora y perturbadora. Los agentes comerciales de los Estados Unidos, cada año más numerosos, fantaseaban con la especulación y colonización de tierras a gran escala. A medida que se hacían más ambiciosos, comenzaron a quejarse de que la República Dominicana resultaba demasiado «semi-colonial» para siquiera entrar en concesiones sin la intervención de naciones europeas<sup>284</sup>. A veces, las maquinaciones de estos agentes resultaban tan indignantes que las

---

<sup>282</sup> «Reconocer formalmente la independencia de Santo Domingo. . . no es necesario, y además, es conveniente conservar el arma del reconocimiento», observó cínicamente un diplomático (citado en Luís Martínez-Fernández, «Caudillos, Annexionism, and the Rivalry between Empires in the Dominican Republic, 1844-1874», *Diplomatic History* 17, núm. 4 (1993): 576). Varios trabajos recientes han descrito hábilmente la diplomacia agresiva de las potencias extranjeras con respecto a las naciones de la isla durante este período, así como los esfuerzos rabiosamente anexionistas de muchos miembros de la élite dominicana (Febres-Cordero Carrillo, «La anexión»; Martínez-Fernández, «Caudillos»; Robles-Muñoz, *Paz en Santo Domingo*; Álvarez López, *Dominación colonial y guerra popular*).

<sup>283</sup> F. W. Chesson, «American Intrigues in Santo Domingo», 15 de diciembre de 1858, *The Anti-slavery Reporter* 7, núm. 3 (1859): 7-8.

<sup>284</sup> Lockward, *Documentos*, xix.



autoridades dominicanas, en exasperación, los arrestaban<sup>285</sup>. Mientras tanto, funcionarios dominicanos y otras destacadas figuras respondían nerviosamente con propuestas de anexión y protectorados. El caos aumentó.

Para fines de los años 1840, el Gobierno estaba en crisis. Los fondos se acababan a pesar de haberse tirado diez impresiones de papel moneda<sup>286</sup>. El cónsul francés alegó que el plan de protectorado tenía un apoyo casi unánime, y de hecho, es posible que el Congreso dominicano haya aprobado en secreto una resolución acerca del mismo<sup>287</sup>. El nuevo presidente de Haití, Faustin Soulouque, vigilaba el posible pacto mientras enfrentaba sus propias preocupaciones sobre los franceses. Sus opositores políticos se manifestaban a favor de reformas democráticas, en los mismos términos de la revolución que había ocurrido en Francia el año anterior. A pesar de la represión y de las ejecuciones, la oposición a Soulouque se mantenía y los rumores de un protectorado franco-dominicano lo provocaban aún más<sup>288</sup>. Soulouque insistía en la indivisibilidad de la isla. El cónsul británico lo instigaba, proponiéndole un plan que uniría la isla aunque dejaría a los gobernadores dominicanos y a las fuerzas militares dominicanas con sus puestos intactos<sup>289</sup>. Aunque sus propuestas eran mayormente belicosas, Soulouque también intentó apelar directamente al pueblo dominicano subrayando el racismo del

---

<sup>285</sup> Copiador, 21 de enero de 1856. El arresto y encarcelamiento por parte del gobierno dominicano del agente estadounidense Edward Roolt estuvo lejos de ser el primer incidente de exasperación ante la conducta de los funcionarios estadounidenses: Francisco Harrison fue censurado en 1847, Abner Burbank en 1847 y 1848, Jonathan Elliot en 1848, sospechoso de ser espía. Cheri Brocard en 1850, Jacob Pereira en 1856, Elliot nuevamente en 1857, un vice-agente sin nombre en 1859, y así sucesivamente.

<sup>286</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 190; Hauch, «The Dominican Republic and Its Foreign Relations», 59.

<sup>287</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:198; Tansill, *The United States and Santo Domingo*, 131.

<sup>288</sup> Baur, «Faustin Soulouque», 135.

<sup>289</sup> Lockward, *Documentos*, 144.

Gobierno de Santana<sup>290</sup>. Invocó la memoria del general Joaquín Puello, asesinado por Santana por haberse opuesto a los primeros planes de la Separación<sup>291</sup>. También les recordó a los dominicanos el desastroso incidente de los hombres que se habían fugado de Puerto Rico y la complicidad pro-esclavista de los funcionarios de Santo Domingo<sup>292</sup>. Llamó a los dominicanos «nuestros hermanos del este», un epíteto que los periodistas dominicanos odiaron y resintieron en particular<sup>293</sup>.

Pocos meses después de que comenzaran las negociaciones del tratado francés, Soulouque lanzó una campaña militar en el territorio dominicano que terminó en fracaso. Ocupó Azua por poco más de dos semanas y sus subordinados se involucraron en conflictos más pequeños en varias comunidades del centro de la isla<sup>294</sup>. Santana lo enfrentó cerca de Baní y lo derrotó totalmente. La campaña de agresión fue tan impopular en Puerto Príncipe que los opositores de Soulouque guardaron silencio a propósito, con la esperanza de que esa movilización culminara en su caída<sup>295</sup>. A pesar de estas expectativas y de su derrota,

---

<sup>290</sup> Un periodista observó que el «[*Le Moniteur Haïtien*] y otros periódicos haitianos nos tratan como a un puñado de rebeldes que necesitan ser subyugados nuevamente», (*El Dominicano*, núm. 27, 5 de enero de 1856, pág. 105).

<sup>291</sup> Garrido, *Los Puello*, 85.

<sup>292</sup> Soulouque, «Carta dirigida a los habitantes del este», Port-au-Prince, 24 de noviembre de 1848, en Emilio Rodríguez Demorizi, *La Marina de Guerra dominicana, 1844-1861* (Ciudad Trujillo [Santo Domingo]: Editora Montalvo, 1958), 75.

<sup>293</sup> A. J. Bautista Romane, «Fragmentos», *El Oasis*, núm. 19, 4 de noviembre de 1855, 75.

<sup>294</sup> Al igual que sucede con las campañas de la Separación, las narrativas tradicionales exageran el tamaño de estos encuentros, y la falta de periódicos de 1849 a 1850 dificulta la rectificación. Varios años después, solo cinco oficiales partidarios de Santana y sus seguidores tomaron fácilmente la ciudad, a pesar de que Azua era un bastión tradicional de la oposición (Bosch, *La Guerra de la Restauración*, 44-45). Más tarde, un ministro dominicano desestimó las movilizaciones de Soulouque como «piráticas e impotentes» (Gaspar Núñez de Arce, *Santo Domingo* (Madrid: Imprenta de Manuel Minuesa, 1865), 48).

<sup>295</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:370; «El sentimiento de la gran masa del pueblo haytiano hacia los españoles de su propia isla es perfectamente amigable», observó un inglés de Haití, señalando que Soulouque tenía que movilizarse en secreto (Bird, *Black Man*, 294, 308).

Soulouque se hizo llamar emperador y apretó el mando. En 1849, un bando dominicano lideró una pequeña ofensiva naval contra Haití. Quemaron Anse-à-Pitres y atacaron otro pueblo haitiano, pero todos los combatientes se desmovilizaron rápidamente<sup>296</sup>. El cónsul francés no escarmentó en lo más mínimo; por el contrario, soñó con un «comercio blanco» compuesto por nuevos colonos franceses en Samaná y escribió a los legisladores dominicanos prometiéndoles ese plan<sup>297</sup>. Las autoridades francesas continuaban presionando para que ambos Gobiernos pagaran la indemnización de Haití y negaron el reconocimiento oficial a la República Dominicana por varios años más<sup>298</sup>. Los diplomáticos británicos y franceses intervinieron como «mediadores» en la paz dominico-haitiana que prosiguió a continuación. Los ministros dominicanos registraban hasta las más ínfimas quejas<sup>299</sup>.

La victoria de Santana sobre Soulouque, que había ganado fácilmente, elevó temporalmente su popularidad, pero él la desperdició

---

<sup>296</sup> Hauch, «The Dominican Republic and Its Foreign Relations», 87; Torrente, *Política ultramarina*, 316.

<sup>297</sup> Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:40; Copiador, 9 de junio de 1852.

<sup>298</sup> Lockward, *Documentos*, 144.

<sup>299</sup> Por ejemplo, el Ministro de Relaciones Exteriores dominicano escribió a los Cónsules de Gran Bretaña y Francia y al Agente Comercial de los Estados Unidos sobre un pelotón de soldados haitianos o incidentes que involucraban a una sola persona (Copiador, 26 de julio de 1850, 5 de febrero de 1855). La mayoría de los informes dominicanos eran sobre el robo de ganado en el centro de la isla. Sin embargo, parece que los soldados dominicanos (o quizás los simples campesinos) compartían la responsabilidad. Ocasionalmente, los funcionarios admitían que los soldados dominicanos «perdidos» habían entrado en territorio haitiano y se habían llevado ganado, y en ocasiones los oficiales dominicanos también admitían su culpabilidad (Copiador, 25 de agosto de 1852, 19 de agosto de 1853, 26 de abril de 1854 y 13 de noviembre de 1855). Sin embargo, los ministros dominicanos se mantuvieron firmes en su narrativa. El ministro de Relaciones Exteriores se quejó ante el consulado británico de que la lesión de un individuo era una «nueva agresión» que probaba «la predisposición eterna del enemigo», Haití (11 de diciembre de 1851). Mientras tanto, las autoridades francesas, en particular, nunca dejaron de provocar a los jefes de estado haitianos y dominicanos en nombre de la «mediación», incitando a los funcionarios dominicanos con amenazas imaginarias en períodos de paz indiscutible (cónsul francés al Min., 21 de noviembre de 1860), AGN-RD: RREE 14, Expdte. 6, doc. 23).

rápidamente. Persiguió a sus rivales políticos y destripó las reformas constitucionales, llenando el ambiente político de un «infernol espíritu de partido»<sup>300</sup>. Algunos periodistas afirmaron que Santana era un «nombre mágico para el país», otros lo caracterizaban como «fratricida y feroz»<sup>301</sup>. «¡En qué país vivimos!», se quejó un periodista cuando Santana mandó al editor de otro periódico al exilio<sup>302</sup>. Los editores de un nuevo periódico, *La Acusación*, quizás el más rotundamente crítico de todas las tendencias antidemocráticas de la ciudad, apuntaron directamente a Santana, acusándolo de apropiarse de 16 millones de pesos fuertes y advirtiendo que los «ladrones» pronto podrían hacer desaparecer los 300 millones restantes. Con esto, el editor se ganó una paliza<sup>303</sup>. Entonces, los periódicos recurrieron a la sátira y a la alegoría. *El Dominicano* se burló de un ficticio personaje llamado «Don Camaleón», que lanzaba sus lealtades dondequiera que se encontrara una sinecura<sup>304</sup>. Una obra teatral titulada «Las conspiraciones, vistas de un lado», presentaba personajes motivados por los celos, la arrogancia, la ignorancia y el interés personal<sup>305</sup>. En una secuencia de sueños satíricos, *El Oasis* presentaba una sociedad donde gobernaba una «pueri-cracia», con una constitución que ordenaba la deportación de todos los hombres y mujeres mayores de treinta años y donde reinaban la poligamia, la revolución continua, la violencia física contra cónsules extranjeros y un conflicto constante entre el poder legislativo y el ejecutivo.

---

<sup>300</sup> *El Oasis*, núm. 6, 5 de agosto de 1855, 23; *El Oasis*, núm. 10, 2 de septiembre de 1855, 37.

<sup>301</sup> «Manifiesto de Santana contra Báez», *El Progreso*, núm. 20, 10 de julio de 1853; *El Eco del Pueblo*, núm. 7, 7 de septiembre de 1856, 25; *El Eco del Pueblo*, núm. 20, 7 de diciembre de 1856, 77.

<sup>302</sup> «En que país vivimos»!, *El Progreso*, núm. 17, 12 de junio de 1853, 1.

<sup>303</sup> *La Acusación*, núm. 1, 12 de noviembre de 1856, 1; Martínez Paulino, *Publicaciones periódicas dominicanas*, 27.

<sup>304</sup> «Mi vecino Don Cameleón», *El Dominicano*, núm. 17, 27 de mayo de 1846, 48.

<sup>305</sup> «Las conspiraciones vistas de un lado», *El Oasis*, núm. 7, 12 de agosto de 1855, 26.

Mientras tanto, los militares tenían licencia para «hacer absolutamente lo que quisieran»<sup>306</sup>.

Filibusteros estadounidenses pronto llegaron en mayores números a la isla, donde se les unió un cuerpo diplomático estadounidense que apoyaba sus ambiciones. Aunque los funcionarios dominicanos apoyaban la migración de blancos estadounidenses, los planes de estos filibusteros y sus aliados no eran de proyectos agrícolas, sino operaciones filibusteras armadas con intenciones de atacar a Cuba. Una operación de Georgia, ligada a la fallida expedición de Narciso López, ofrecía «8,000 migrantes» para un supuesto proyecto de asentamiento en suelo dominicano. El presidente Báez desconfiaba tanto que advirtió al grupo que las tropas españolas estaban preparadas para defender la costa norte si fuera necesario. El cónsul francés también ofreció barcos. Las tensiones aumentaron<sup>307</sup>. Este predijo que, si las tropas francesas, destinadas a detener a los filibusteros de Estados Unidos, llegaran precipitadamente, los residentes de la costa norte «se sublevarían contra dichas tropas y contra el mismo Gobierno de la república llamando en su auxilio al Imperio de Haití»<sup>308</sup>. Báez aprobó unas normas que restringían a ciertos puertos la llegada de los migrantes, impedían el desembarque de armas y exigían pruebas de empleo a dos meses de su llegada<sup>309</sup>. No obstante, nuevas propuestas de asentamiento continuaron apareciendo; el Gobierno dominicano se opuso a todas ellas y envió agentes secretos para investigarlas<sup>310</sup>. Varios años más tarde, el veterano aventurero de Texas, William

---

<sup>306</sup> «La Pueri-Cracia», *El Oasis*, núm. 23, 2 de diciembre de 1855, 89-92.

<sup>307</sup> Cónsul francés a los Cap. Generales de Puerto Rico y Cuba, 14 de septiembre de 1852, ANC: AP 47, Expdte. 15.

<sup>308</sup> Cónsul francés a los Cap. Generales de Puerto Rico y Cuba, 14 de septiembre de 1852, ANC:AP 47, Expdte. 15.

<sup>309</sup> Cap. Gen. de Cuba al Cap. Gen. de Puerto Rico, 25 October 1852, ANC:AP 47, Expdte. 15, 78.

<sup>310</sup> Min. de RREE a J. B. Camoin, 29 de enero de 1853, AGN-RD: RREE A441 [7/008374], Expdte. 8.

Cazneau, llegó a bordo del USS Columbia con la intención de redactar un tratado de reconocimiento para la República Dominicana. Se dirigía hacia el territorio siguiendo a su esposa, Jane Storm Cazneau, una ardiente partidaria de la expansión filibustera; ambos defendían planes vehementes y agresivos de asentamiento colonial. Jane Cazneau escribió efusivamente que la tierra para el azúcar y el café se podía obtener por tan solo tres dólares el acre (aproximadamente 4,000m<sup>2</sup>) en la República Dominicana, en comparación con los cuarenta o cincuenta dólares que costaba en Cuba<sup>311</sup>. En privado, sugirió la opción de una colonización armada<sup>312</sup>. A cambio del reconocimiento de la República, William Cazneau exigió el alquiler barato de Samaná. Los agentes británicos, franceses y españoles trabajaron furiosamente para oponérsele y atracaron sus buques de guerra en Samaná y la capital.

La oposición popular dominicana a los planes de Estados Unidos se mostraba intensa e iba en aumento. La propuesta de Cazneau fue tan impopular en Samaná que los manifestantes viajaron a la capital para dejar clara su oposición. Un observador español comentó con satisfacción que «no se ha vendido Samaná porque se ha tenido miedo de una revolución por la gente de color»<sup>313</sup>. En la capital, el apoyo al tratado también se derrumbó. La controversia sobre el artículo 3 —bajo cuyas disposiciones los dominicanos estarían sujetos a las leyes de los Estados Unidos— radicaba en que podría poner a los dominicanos en riesgo de ser esclavizados si pasaban por Baltimore u otros puertos del sur. Bajo intensa presión pública, el Congreso dominicano rechazó el tratado rotundamente, Cazneau

---

<sup>311</sup> «The Dominican Republic-The Grand Plot», *National Era*, 2 de noviembre de 1854, 1.

<sup>312</sup> Robert E. May, «Plenipotentiary in Petticoats»: Jane M. Cazneau and American Foreign Policy in the Mid-Nineteenth Century», en *Women and American Foreign Policy: Lobbyists, Critics, and Insiders* (Westport, CT: Rowman and Littlefield, 1987), 27.

<sup>313</sup> Juan Abril a D. José de la Concha, Cap. Gen. de Cuba, SD, 25 de noviembre de 1854, AGI: Cuba 984C.

se negó a alterarlo, y la negociación fue bruscamente abandonada<sup>314</sup>. Cazneau culpó a la «adapta... y maliciosa» propaganda haitiana de fomentar la oposición en Santo Domingo, tratando de restarle importancia o descartar el evidente descontento en la ciudad<sup>315</sup>. El *New York Times* reportó que la «licencia... de tratar al cónsul dominicano de color como si fuera cualquier negro era un hueso demasiado grande para que se lo tragara el Congreso dominicano... El general Cazneau está angustiado, la señora Cazneau está mortificada»<sup>316</sup>. El cónsul español expresó su satisfacción de que la acción diplomática conjunta hubiese ayudado a bloquear las negociaciones del tratado y escribió: «tengo esperanzas porque el Gobierno está medio desmoralizado»<sup>317</sup>. No fue así. Los diplomáticos continuaron las conversaciones sobre una estación naval en Samaná mientras Estados Unidos enviaba buques de guerra a Puerto Príncipe con el pretexto de recaudar deudas privadas<sup>318</sup>.

En medio de esta tempestad, a fines del invierno de 1855, Soulouque montó una segunda campaña —la final— que fracasó desastrosamente ante la oposición de sus propias tropas y la mayoría

---

<sup>314</sup> Un observador español comentó sarcásticamente que había asumido que un barco dominicano que iba a Baltimore para llevar a cabo la organización del tratado con «un mulato propietario y una tripulación negra» había sido detenido y su tripulación arrestada (Juan Abril a Don Leopoldo Augusto de Cueto, Ministro de SMC en Washington, 23 de julio de 1854, AMAE: Política Exterior: RD 2374, Expdte. s/n). Aparentemente, el cónsul francés se opuso tanto al tratado (por las concesiones que presentaba sobre Samaná, no por estipulaciones de racismo) que logró que cerraran *El Porvenir*, que estaba a favor del tratado (Martínez-Fernández, *Torn between Empires*, 45).

<sup>315</sup> William Cazneau, «Remitido», *El Porvenir*, núm. 3, 22 de octubre de 1854, 3. Los funcionarios dominicanos volvieron a publicar sus reclamaciones.

<sup>316</sup> «Our Failure in the Dominican Matter», *New York Times*, 24 de enero de 1855, 4.

<sup>317</sup> Juan Abril al Cap. General de Puerto Rico, SD, 6 de noviembre de 1854, AGI: Cuba 984C, Expdte. s/n; Juan Abril a Cap. General de Puerto Rico, SD, 28 de noviembre de 1854, AGI: Cuba 984C, Expdte. s/n.

<sup>318</sup> Hauch, «The Dominican Republic and Its Foreign Relations», 124; Dubois, *Avengers*, 147.

del pueblo haitiano. Encarceló a los campesinos activistas del sur y cuando surgió oposición en otras ciudades haitianas, empezó a mirar nerviosamente hacia el este<sup>319</sup>. Los periódicos dominicanos sabían que buscaba distraer a sus opositores de alto rango<sup>320</sup>. El cónsul francés en Haití, Maxime Raybaud, incitó a Soulouque a seguir la campaña de reunificación de la isla. Amenazó a los funcionarios dominicanos con la posibilidad de que la reunificación forzosa o una ocupación estadounidense serían inminentes. Santana prometió una lucha a muerte<sup>321</sup>. Mucho más tranquilos que Santana, los periodistas de la capital refutaron furiosamente la propaganda de Soulouque sobre solidaridad y unificación<sup>322</sup>. El periódico dominicano *El Oasis* afirmó secamente que Soulouque estaba «alucinado por su ángel malo, por sus aduladores, ó tal vez por embaucadores que apeteciendo nuestra ruina le describían muy fácil la empresa de apoderarse de la República»<sup>323</sup>. Aparte de ocupar Las Matas por seis días, Soulouque y los generales que lo apoyaban obtuvieron muy pocas ganancias. Los soldados haitianos odiaron la expedición y reprendieron al emperador con una canción, «*ça pa zaffair a nous*» (no es nuestra causa)<sup>324</sup>. Incluso antes de un segundo y último encuentro, los periodistas dominicanos anunciaron, muy

---

<sup>319</sup> Baur, «Faustin Soulouque», 154.

<sup>320</sup> *El Oasis*, núm. 33, 17 de febrero de 1856, 131.

<sup>321</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 198; Rodríguez Demorizi, *Guerra dominico-haitiana*, 23.

<sup>322</sup> *El Dominicano*, núm. 27, 5 de enero de 1856, 105. Para obtener descripciones de la fallida campaña 1855-56, consultar, por ejemplo, Bird, *Black Man*, 294; *El Oasis*, núm. 31, 27 de enero de 1856, 123-24.

<sup>323</sup> *El Oasis*, núm. 33, 17 de febrero de 1856, 131.

<sup>324</sup> Baur, «Faustin Soulouque», 154. Los grupos expedicionarios estaban mal abastecidos, además, Soulouque solía usar el servicio militar obligatorio como castigo político para los habitantes de las ciudades y pueblos que se le oponían (142). El cónsul francés Maxime Raybaud, el mismo que provocó a Soulouque en numerosas ocasiones, estuvo de acuerdo, admitiendo bajo un seudónimo que los conflictos eran «profundamente desagradables» para la gran mayoría de la población (Raybaud, *Soulouque et son Empire*, 190).



seguros, que «la perfecta tranquilidad reina actualmente en las fronteras» y advirtieron a Soulouque que pronto perdería el poder<sup>325</sup>.

La última incursión de Soulouque en el territorio dominicano no interrumpió las luchas locales dominicanas por mucho tiempo, ni impidió el aumento de la agresión estadounidense. En desafío a Soulouque, surgió un importante levantamiento en Les Cayes y unos aventureros estadounidenses reclamaron una pequeña isla deshabitada cercana a la costa para la explotación de guano<sup>326</sup>. Noticias de una agresión de filibusteros en Nicaragua llenaron los titulares de la prensa dominicana y haitiana<sup>327</sup>. Los funcionarios dominicanos de la capital, impertérritos, nunca dieron pausa a las negociaciones con los Estados Unidos y los funcionarios estadounidenses exigían más concesiones de estaciones navales. Mientras, residentes de Santo Domingo protestaban por las noches frente a la casa de los agentes comerciales de los Estados Unidos a gritos de «¡abajo los yanquis!» que retumbaban por las calles. La bandera de los Estados Unidos tuvo que izarse lejos del alcance de los que lanzaban huevos podridos. La capital dominicana era un desorden<sup>328</sup>.

Se gestaba una revolución. Para el verano de 1856, los periódicos se lamentaban de que Santana anduviera exiliando a la gente «por miles» y ejecutando a otros sin juicio alguno<sup>329</sup>. Hizo el espectáculo de obligar

---

<sup>325</sup> *El Oasis*, núm. 29, 13 de enero de 1856, 115; «Vade Retro», *El Dominicano*, núm. 24, 15 de diciembre de 1855, 24.

<sup>326</sup> Dubois, *Haiti*, 150.

<sup>327</sup> «Los filibusteros», *El Eco del Pueblo*, núm. 1, 27 de julio de 1856, 3; «Revista exterior», *El Eco del Pueblo*, núm. 27, 8 de febrero de 1857, 105; «Exterieur», *Le Moniteur Haïtien*, núm. 5, 8 de enero de 1859, 4; «Nouvelles étrangères», *Le Moniteur Haïtien*, núm. 47, 27 de octubre de 1860, 4; «Nouvelles étrangères», *Le Moniteur Haïtien*, núm. 27, 8 de junio de 1861, 3.

<sup>328</sup> Hauch, «The Dominican Republic and Its Foreign Relations», 124, 128-30; William R. Manning, *Diplomatic Correspondence of the United States: Inter-American Affairs, 1831-1860* (Washington: Carnegie Endowment for International Peace, 1935), 6:175.

<sup>329</sup> «Programa Gubernativa», *El Eco del Pueblo*, núm. 2, 3 de agosto de 1856, 7.

a los condenados a cavar sus propias tumbas<sup>330</sup>. Un poeta imitó la voz de Santana: «Sangre, por siempre sangre! ... Los hombres me detestan: yo los odio!»<sup>331</sup>. Otras autoridades, incluyendo el arzobispo, apoyaron a su rival<sup>332</sup>. El cónsul español, Antonio María Segovia, permitió que los partidarios de Báez se registraran como ciudadanos españoles para solicitar asilo político. En una rima popular, una persona anónima celebró de la siguiente forma:

Yo no le temo a Santana  
ni tampoco a los Alfau,  
sólo le temo Segovia  
porque estoy matriculao<sup>333</sup>.

A medida que Santana perdía el control, los críticos lamentaban su incapacidad para aplacar el desorden. El país estaba «entregado al desorden y la anarquía, movido...[por] el siniestro influjo de los misioneros de discordia y de la demagogia», alegó un escritor en tono grave, observando que la gente común era la que más sufría el implacable desorden<sup>334</sup>. Entre 1847 y 1855, la crisis económica continuó, ininterrumpida, a medida que la inflación traía una devaluación anual de casi 80 por ciento<sup>335</sup>. Un sacerdote lamentó: «Quienquiera... que mire la historia de nuestro país... llorará por sus desastres»<sup>336</sup>. Santana se retiró apresuradamente a su rancho, dando fin a un dando fin a un mandato, que al principio, había afirmado duraría otro periodo.

---

<sup>330</sup> Eduardo San Justo al Cap. Gen. de Cuba, SD, 7 de marzo de 1855, AGI: Cuba 984C.

<sup>331</sup> Félix María del Monte, «El General Antonio Duvergé o las víctimas del once de abril», citado en Rodríguez Demorizi, *Santana y los poetas*, 115.

<sup>332</sup> Martínez-Fernández, «The Sword and the Crucifix», 77.

<sup>333</sup> Citado en Rodríguez Demorizi, *Santana y los poetas*, 155. Se refiere a los Alfau.

<sup>334</sup> *El Oasis*, núm. 46, 18 de mayo de 1856, 183.

<sup>335</sup> Martínez-Fernández, *Torn Between Empires*, 93.

<sup>336</sup> Pérez Memén, *El pensamiento dominicano*, 325.

Tras un breve interludio, Báez ascendió nuevamente a la presidencia. También llenó el Senado con sus partidarios, ordenó el arresto y exilio de sus rivales y ordenó múltiples impresiones de millones de pesos. Inglaterra, Francia y España rechazaron las nuevas tasas de cambio. Adoptando la voz de un prestamista extranjero, un autor dominicano anónimo escribió un poema llamado «Otro pirata»:

Que es mi caja mi tesoro  
 Y es mi Dios el interes,  
 Y es mi dicha cuando araño.  
 Un cinco por ciento al mes<sup>337</sup>.

Los acreedores holandeses eran tan impopulares que uno de ellos casi muere asesinado en plena calle de la capital, a pocos pasos de la casa del cónsul británico<sup>338</sup>. La impresión de papel moneda impulsada por Báez había dejado la tasa de cambio en 4,750 pesos por un dólar<sup>339</sup>. La inflación hizo que los precios fueran intolerables, en particular para los comerciantes de tabaco del valle del Cibao y la costa norte<sup>340</sup>.

En el verano de 1857, los comerciantes y liberales de Santiago de los Caballeros y pueblos aledaños del valle del Cibao se lanzaron a la revolución. Los titulares de *El Eco* en la capital gritaban: «¡REVOLUCIÓN! ¡CONSPIRACIÓN!»<sup>341</sup>. Los delegados redactaron una constitución en Moca que ponía fin a la pena de muerte, promulgaba extensas libertades civiles, otorgaba a los legisladores más control sobre el ejército y establecía límites de mandato, entre otras reformas. Nombraron a un

<sup>337</sup> «Otro Pirata», *El Dominicano*, núm. 33, 16 de febrero de 1856, 131.

<sup>338</sup> Cónsul Martin Hood al Ministro Delmonte, SD, 24 de abril de 1858, AGN-RD: RREE 11, Expdte. 6, doc. 7.

<sup>339</sup> Para empeorar las cosas, ocasionalmente llegaban pesos falsos de Nueva York y Boston (Copiador, 12 de febrero de 1855; AGN-RD: RREE 12, Expdte. 19.3, 15 de junio de 1859).

<sup>340</sup> «La Tiranía Comercial», *El Eco del Pueblo*, núm. 30, 15 de marzo de 1857, 118.

<sup>341</sup> «¡Revolución! ¡Conspiración!», *El Eco del Pueblo*, núm. 36, 10 de mayo de 1857, 141.

presidente provisional que ejercería su mando desde una nueva capital, Santiago<sup>342</sup>. Sin embargo, estos líderes no podían movilizar fácilmente a los pequeños agricultores del área, a quienes les favorecían las políticas de Báez relativas al papel moneda. De todos modos, incluso si los campesinos locales los hubiesen apoyado, el valle del Cibao se caracterizaba por ser una región intensamente agrícola sin gran tradición de movilizaciones militares<sup>343</sup>. Solo un hombre podía movilizar seguidores leales y fiables: Santana. De manera que, los líderes cibaños acudieron a él para que sitiara la capital. Francia y Gran Bretaña atracaron buques de guerra en el puerto y España amenazó hacer lo mismo. El cónsul británico en la capital y el vicecónsul en Puerto Plata apoyaron abiertamente a los rebeldes<sup>344</sup>. El *Moniteur Haïtien* publicó una carta desde la capital sitiada que decía: «No sabemos cuándo terminará esta guerra, ni cuál será el resultado; ... El panorama es tan triste, mi pluma no puede pintarlo. Los dominicanos están divididos entre sí. ¡Los muertos! ¡Los heridos!» El autor advertía también que el hambre y el saqueo se avecinaban<sup>345</sup>. Después de meses de tensa resistencia Báez capituló y huyó del país. Una «lucha sangrienta nos divide», lamentó<sup>346</sup>. Sin embargo, los cibaños también perdieron. Santana les quitó fácilmente el poder, reemplazando la desdichada Constitución de Moca por una más conocida y draconiana<sup>347</sup>.

---

<sup>342</sup> Núñez Grullón, *Evolución constitucional dominicana*, 34-37.

<sup>343</sup> Franks, «Transforming Property», 97; Bosch, *La Guerra de la Restauración*, 28.

<sup>344</sup> Báez, Decreto, 6 de noviembre de 1857, ANC: AP 50, Expdte. 22; Copiador, 21 de diciembre de 1857.

<sup>345</sup> «Extrait d'une lettre de Sto.-Domingo du 1er. Mai», *Le Moniteur Haïtien*, núms. 26-27, 12 de junio de 1858, 2.

<sup>346</sup> Buenaventura Báez, 12 de junio de 1858, AHN: Ultramar 3525, Expdte. 4, doc. 2.

<sup>347</sup> Landolfi, *Evolución cultural dominicana*, 87. Báez buscó la ayuda de las autoridades españolas en Puerto Rico con el pretexto de que la rebelión contra él era «proestadounidense» y anexionista (Martínez-Fernández, «Caudillos», 586).

## El descontento y la víspera de la Anexión

La paciencia ante la constante intriga extranjera comenzó a agotarse. Un autor se quejó de que «fulano (y hay muchos fulanos) es hoy en política francés, mañana es inglés y al siguiente día ya lo tiene un ruso»<sup>348</sup>. Iracundos editoriales criticaban las maniobras de matriculación españolas. Un autor comentó con acritud: «¿De cuándo a aca hay *fraternidad, igualdad, leyes liberales?* ... en un país en el cual el hombre... tiene que gastar tiempo, dinero y paciencia en formar un expediente que pruebe la *limpieza de sangre*»<sup>349</sup>. Los opositores afirmaban que casi ochocientas personas en la capital habían adoptado la ciudadanía española. Los partidarios de la matrícula y de Báez descartaban a los opositores calificándolos de «boyeristas»<sup>350</sup>. Otro autor replicó: «trece años de experiencia son bastantes... La desmoralización que pueda producir la Matrícula... es la expresión manifiesta de un pueblo que quiere mudar de condición»<sup>351</sup>. En medio del desorden y del caos, algunos escritores se mostraban cansados del sentimiento eurófilo que les parecía escapista. En un editorial titulado «Espíritu de la época», un autor condenó las frivolidades de su pequeño grupo de lectores por su «maldita manía de hacerlo todo *al vapor* y según los últimos figurines que con frecuencia se reciben de ultramar», y les advirtió:

Así, pues, si por alguna desgracia el curso que actualmente siguen las cosas no cambia, tomando de un aspecto más risueño, necesariamente tendremos que vivir también *al vapor*, para que de la misma manera nos despedamos lo más pronto que nos sea posible de este mundo engañoso y

---

<sup>348</sup> «Manía de la época», *El Dominicano*, núm. 1, 29 de junio de 1855, 3.

<sup>349</sup> «Matrícula de Segovia II», *La República*, núm. 4, 30 de septiembre de 1856, 2.

<sup>350</sup> «Matricula Española», *El Eco del Pueblo*, núm. 2, 3 de agosto de 1856, 6-7.

<sup>351</sup> «Matricula Española», *El Eco del Pueblo*, núm. 1, 27 de julio de 1856, 2.

nos vallamos a gozar en el otro de las bienaventuranzas que disfrutan en el cielo»<sup>352</sup>.

Mientras, un poeta se burló de los ciudadanos de élite de Santo Domingo que fingían ser de nacimiento europeo:

Al ver á mi amiga Lola  
 Con basquiña y abanico,  
 Le dije ¿es V. española?  
 Y respondió la manola  
*Sí, mi nace en Potorico*<sup>353</sup>.

Muchos de los residentes de la capital dominicana continuaron manifestando su oposición a los intereses estadounidenses. Detestaban a su agente comercial, Jonathan Elliot. Durante algunos meses, Elliot sufrió acoso diario y reportó que la última gota había sido un joven que había amenazado a su esposa mientras se encontraba en la casa de sus padres. Antes de fin de año, escribió apresuradamente para solicitar un pasaporte para irse con su familia y sus sirvientes «a la primera oportunidad que se ofrezca»<sup>354</sup>. No obstante, los residentes de la capital continuaron protestando. En el verano de 1858, un comandante de los Estados Unidos condenó las «turbas nocturnas» que emitían «abusos y amenazas» profiriendo sus «sentimientos hostiles contra el Agente y la bandera de los Estados Unidos»<sup>355</sup>. Antes de irse, Elliot exigió una salva de veintiún cañonazos por el «abuso público». El año siguiente, un grupo de estadounidenses intentó apoderarse de una isla cerca de la costa sur para la explotación

---

<sup>352</sup> Arminio, «Espíritu de la Época», *El Oasis*, núm. 7, 7 de enero de 1855, 27-28.

<sup>353</sup> Nisidas, «Epigram», *El Dominicano*, núm. 8, 25 de agosto de 1855, 31. «Manola» significa una mujer de Madrid.

<sup>354</sup> Copiador, 5 de mayo de 1857; Copiador, 25-26 de octubre de 1857 y diciembre de 1857; Jonathan Elliot a Felix María Delmonte, 25 de octubre de 1857, AGN-RD: Leg. 7/008370, Expdte. 22, doc. 9.

<sup>355</sup> M. McIntosh, Oficial de Escuadra, Comandante en Jefe, Escuadrón del presidente Buenaventura Báez, barco de los Estados Unidos «Colorado» frente a la ciudad de Santo Domingo, el 1 de junio de 1858, AGN-RD: Leg. 11 (7/008371), Expdte. 2, p. 7.

de guano; fue el segundo en haberlo intentado en unos años. El asunto provocó un alboroto masivo en la prensa<sup>356</sup>. En el norte de la isla, Jane Cazneau describió una constante inestabilidad en Puerto Plata y le echó la culpa a los residentes de color de la ciudad por los rumores de anexión<sup>357</sup>.

A pesar de la oposición popular a los planes de colonización y protectorado, el círculo de allegados a Santana siguió avanzando. Los periodistas continuaron apoyando la idea de colonos para productos de cultivo comercial y, en abril de 1857, funcionarios dominicanos llegaron a un acuerdo migratorio en París<sup>358</sup>. Ese otoño, cuando los migrantes llegaron a Samaná, el Gobierno dominicano mandó algunos envíos de alimentos, según lo prometido.<sup>359</sup> El proyecto resultó desastroso; la enfermedad mató a muchos de los recién llegados y las autoridades francesas informaron a los colonos restantes que sería prudente renunciar al proyecto<sup>360</sup>. Sin embargo, una camarilla aún más ambiciosa soñaba con grandes transformaciones. El vicepresidente de Santana, general Antonio Abad Alfau, y su hermano, general Felipe Alfau, cabildearon simultáneamente por un protectorado y un retorno al trabajo forzado, a través de contratos de larga duración. Los Alfau y sus partidarios querían trabajadores contratados en la India y China<sup>361</sup>. Escribieron con entusiasmo sobre los cientos de canarios y españoles que habían llegado de Venezuela huyendo de la agitación social<sup>362</sup>. El cónsul español agregó su aprobación, señalando que los recién llegados

---

<sup>356</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 201-2. En abril de 1858, una tripulación de Baltimore, que incluía a cincuenta hombres esclavizados, atracaron en la isla Navaza e intentaron reclamarla.

<sup>357</sup> Lockward, *Documentos*, 339.

<sup>358</sup> «Colonia Agrícola», *El Eco del Pueblo*, núm. 23, 11 de enero de 1857, 91.

<sup>359</sup> *Traité entre la République Dominicaine et B. Bullot*, 30 de abril de 1857, AGN-RD: RREE A441, Expdte. 11, p. 9; Copiador, 26 de octubre de 1857.

<sup>360</sup> *Le Moniteur Haïtien*, núm. 8, 30 de enero de 1858, 1. De todos modos la república oriental estaba en medio de una guerra civil; el *Moniteur* concluyó con satisfacción: «La guerra civil es en cierto modo el estado normal [para] los dominicanos, y nada indica que estos asuntos concluirán pronto».

<sup>361</sup> Lockward, *Documentos*, 348.

<sup>362</sup> Min. RREE al Ministro Alfau, Copiador, 21 de agosto de 1860.

ya habían comenzado a establecer haciendas cerca de la capital<sup>363</sup>. En 1860, en una reunión secreta con autoridades cubanas, Antonio Abad Alfau dijo que los dominicanos, sobre todo los «más notables», amaban a España e insinuó que Santana estaba considerando declarar la anexión unilateralmente. Las maquinaciones de Santana para obtener la anexión española eran un secreto a voces<sup>364</sup>.

Las condiciones continuaron deteriorándose. Santana pronto imprimió 10 millones de pesos más; el pueblo se negó a aceptarlos y los buques de guerra británicos, franceses y españoles amenazaron con una acción militar<sup>365</sup>. Como respuesta, Santana imprimió unos millones más<sup>366</sup>. A cambio de pagos por adelantado, los funcionarios de Santana se apresuraron a firmar concesiones de minería, madera y guano con compañías francesas a largo plazo<sup>367</sup>. A medida que continuaba la censura y la represión fue llegando una gran cantidad de exiliados políticos a Haití, Curazao, Santo Tomás y Venezuela. Mucho después de que todo el asunto hubiera terminado, algunos hombres aún citaban su matrícula española para evitar el servicio militar, otros desertaban en barcos británicos<sup>368</sup>. Santana utilizó su ejército para perseguir a los partidarios de Báez en Azua<sup>369</sup>. En un torneo oratorio en 1860, un participante criticó de manera encubierta a Santana a través de un discurso sobre Julio César: «Algunos hacen consistir el gran crimen de César en haber dado muerte a la República, paradoja bastante especiosa... ¿Se puede asesinar a un cadáver?»<sup>370</sup> En otro escrito, un poeta agregó que «la vida de un tirano nunca es larga». Mientras, un sacerdote liberal

---

<sup>363</sup> Mariano Álvarez al Cap. Gen. de Cuba, 20 de junio de 1860, AGI: Cuba 2261, Pieza 1.

<sup>364</sup> Lockward, *Documentos*, 349; Ministro de Guerra y Ultramar al Ministerio de Marina, 24 de agosto de 1860, AHN: Ultramar 3526, Expdte. 1, pp. 9-10.

<sup>365</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 198; AGN-RD: RREE 12 (7/008375), Exptes. 2, 5.

<sup>366</sup> Moya Pons, *Dominican Republic*, 199.

<sup>367</sup> Lockward, *Documentos*, 324-25.

<sup>368</sup> Copiador, 9 de marzo de 1857, 1 de junio de 1860.

<sup>369</sup> Bosch, *La Guerra de la Restauración*, 45.

<sup>370</sup> Vicioso, *El freno hatero*, 260.



pronunciaba un sermón desafiante delante de Santana, amenazándolo: «el pueblo, que siempre comienza por murmurar, acaba luego por derrocar a sus tiranos»<sup>371</sup>. El mes de diciembre de 1860 comenzó con un atentado contra la vida de Santana<sup>372</sup>.

## Libertad, Igualdad...

A finales de los años 1850, los ecos de las movilizaciones de 1843 retumbaban por toda la isla y llegaban hasta las redes rebeldes de Venezuela, Santo Tomás y Curazao. En 1857, Puerto Príncipe se incendió, la inflación se disparó y una rebelión abierta en contra de Soulouque comenzó en el norte<sup>373</sup>. Dicha rebelión se extendió desde Gonaïves mientras huían los extranjeros. Una oleada de colaboración dominico-haitiana apoyó la revolución anti-Soulouque. Un oficial español señaló hostilmente que los dominicanos participaban «en una revolución, ó lo que más pomposamente llamaron *movimiento combinado* entre los isleños» para instaurar al general Fabre Nicholas Geffrard<sup>374</sup>. Geffrard, un oficial de carrera, había participado en la campaña de 1856 de Soulouque, pero para sus partidarios dominicanos en la zona central de la isla y en el exilio, todo quedaba obviamente perdonado. Francisco del Rosario Sánchez, veterano de las luchas de la Separación de 1844, se alió con Geffrard para derrocar a Soulouque. Los rumores sobre el asesinato del emperador Soulouque abundaron,

---

<sup>371</sup> Vicioso, *El freno hatero*, 267.

<sup>372</sup> Copiador, 5 de diciembre de 1860.

<sup>373</sup> Pablo de Urrutia al Cap. Gen. de Cuba, Port-au-Prince, 6 de noviembre de 1858, ANC: AP 224, Expdte. 13; St. John, Hayti, 97.

<sup>374</sup> Ramón González Tablas, *Historia de la dominación y última guerra de España en Santo Domingo* (Madrid, 1870), 41 (énfasis en el original); más allá del apoyo de los generales de alto perfil como Sánchez, las listas de prisioneros en la capital (por ejemplo, *Le Moniteur Haïtien*, núms. 39-40, 9 de septiembre de 1858, 1) confirman su observación.

pero en enero de 1859, partió hacia Jamaica como lo habían hecho Boyer y Rivière<sup>375</sup>.

El republicanismo de Geffrard electrificó al pueblo. El discurso sobre la ciudadanía se extendía por todas partes. *Le Moniteur* prometió que la revolución «regeneraría el país y haría que retomara su lugar entre los pueblos que son amigos de la civilización», reestableciendo de inmediato las instituciones liberales<sup>376</sup>. Los legisladores comenzaron a usar sombreros especiales para enfatizar que el Gobierno civil reemplazaría por fin al poder militar<sup>377</sup>. Los políticos de la ciudad elogiaron el compromiso democrático de Geffrard, mientras que un efusivo grupo de ciudadanos proclamó: «*Prometemos enterrarnos debajo de las ruinas del país antes que vivir en esclavitud. Asimismo prometemos no obedecer más que al imperio de la ley y nunca a la voluntad despótica de ningún individuo*»<sup>378</sup>. El nuevo presidente inmediatamente ofreció gestos conciliatorios hacia el este y condenó sin reservas las agresiones de su predecesor. Sus ministros redactaron rápidamente un tratado binacional de cinco años. Mientras tanto, los refugiados políticos continuaban huyendo de la represión de Santana. A menudo, su primera parada era Port-de-Paix o Cabo, ambas de fácil acceso por la costa norte y, ocasionalmente, continuaban hasta la capital haitiana en busca de audiencia con altos funcionarios políticos<sup>379</sup>. Para 1860, Sánchez se encontraba exiliado en Santo Tomás, donde organizaba la oposición a Santana. Él y otros activistas tuvieron el

---

<sup>375</sup> Pablo de Urrutia al Cap. Gen. de Cuba, Port-au-Prince, 10 de enero de 1859, ANC: AP 224, Expdte. 13; Copiador, 22 de enero de 1859; St. John, *Hayti*, 97.

<sup>376</sup> *Le Moniteur Haïtien*, núms. 6-7, 22 de enero de 1859, 3.

<sup>377</sup> Mariano Álvarez al Cap. Gen. de SD, Port-au-Prince, 9 de mayo de 1862, SHM Leg. 5645, Expdte. «Sobre operaciones militares en Santo Domingo . . . », doc. s/n.

<sup>378</sup> «Discours prononcé par le Comité central des Gonaïves de l'anniversaire de l'indépendance de 1er janvier 1859», *Le Moniteur Haïtien*, núms. 6-7, 22 de enero de 1859, 3 (énfasis en el original).

<sup>379</sup> *Le Moniteur Haïtien*, núms. 39-40, 9 de septiembre de 1858, 1-2.

franco apoyo de Geffrard<sup>380</sup>. A su vez, Geffrard elogió a los rebeldes públicamente y los instó a buscar la «fraternidad y la conciliación». Finalmente, advirtió que se hablaba mucho de rumores de anexión y dio la alarma que llegó hasta Curazao<sup>381</sup>.

Entretanto, algunos de los opositores de Santana, varias autoridades militares, sus familias y aliados se movilizaron en el centro de la isla. Celebraban el nuevo régimen democrático en el oeste y se oponían a los crecientes rumores sobre la anexión en el este<sup>382</sup>. La noticia de que los residentes del centro de la isla y estas figuras políticas querían «la indivisibilidad [sic] del territorio» llegó rápidamente a la capital dominicana. La frontera rebosaba de «intensidad inusual»<sup>383</sup>. Las autoridades ordenaron que cesara toda comunicación entre las dos naciones. Los oficiales dominicanos ya habían intentado restringir el viaje de todo extranjero que hubiese estado en el oeste esa primavera, medida que irritó a los cónsules extranjeros<sup>384</sup>. El general Valentín Alcántara, un oficial dominicano que se había cambiado al servicio del Ejército haitiano diez años antes, encontró a un nuevo aliado «desnaturalizado», Domingo Ramírez y Parmantier<sup>385</sup>. En un manifiesto con un encabe-

---

<sup>380</sup> Copiador, 22 de enero de 1861. Los funcionarios dominicanos buscaron ayuda para su vigilancia (Felipe Alfau al Min. de RREE, Madrid, 20 febrero de 1861, AGN: RREE 14/15/16 (7/008378), Expdte. 6, doc. 5.

<sup>381</sup> *Le Moniteur Haïtien*, núm. 12, 23 de febrero de 1861, 3.

<sup>382</sup> *Le Moniteur Haïtien*, núm. 12, 23 de febrero de 1861, 3.

<sup>383</sup> Ministro de RREE a los Cónsules de Inglaterra y Francia, 23 de junio de 1860, AGN: RREE 14, Expdte. 2, pp. 6-10v; Moya Pons, *Dominican Republic*, 201.

<sup>384</sup> S. Chedeville au Ministre des Relations Étrangères, 2 de mayo de 1853, AGN: RREE 6-7, Expdte. 7; Copiador, 19 de agosto de 1853.

<sup>385</sup> Sin el registro completo del Ministro de Relaciones Exteriores, gran parte de la comunicación sobre los eventos en la frontera permanece perdida. Las autoridades británicas solicitaron enviar emisarios al «campamento revolucionario de Alejandro Gregor», por ejemplo, pero no se registra más información (Copiador, 27 de septiembre de 1857). Evidentemente, Ramírez había recibido un puesto oficial en el ejército haitiano en el mes anterior y estaba recibiendo instrucciones de Alcántara (M. Hood al Min. de RREE, SD, 24 de junio de 1860, antes del 14/15/16). / 008378), Expdte. 1, p. 22. Alcántara había jurado lealtad hacia el oeste al menos desde 1850 (Rodríguez Demorizi, *Correspondencia*, 2:350).

zado en español del lema haitiano «Libertad- Igualdad», Ramírez se dirigió a sus compatriotas:

Nuestra empresa tiene por objeto:

- 1º De abstraernos a la ferocidad de Santana cuyo carácter sanguinario no perdona ni a mujeres ni a niños.
- 2º De retirarnos de la miseria espantosa que nos ha submerjido su administración ignorante
- 3º De hacer volver de su destino una infinidad de notabilidades dominicanos que su tiranía mantienen en un cruel ostracismo
- 4º De romper los hierros de esa gran cantidad de conciudadanos nuestros que ese déspota tiene encadenados
- 5º De impedir al cupido Santana, cuyas relaciones con extranjeros, enemigos de nuestra raza tienden a enagenar nuestro territorio, el comprometer nuestra libertad y nuestra ecsistencia política.
- 6º De unirnos bajo una sola y única bandera para que la patria sea indivisible y fuerte por la fusión de todos.

Estas miras, como lo veis nosotros, no son solamente laudables, sino también el fundamento de nuestra prosperidad común — la dicha de nuestra familia— la garantía del porvenir de nuestros hijos!

Conciudadanos nada tenéis que temer!<sup>386</sup>

El mismo Santana reunió hombres leales a él para aplastar el movimiento.

Los funcionarios de Santo Domingo se negaron a reconocer los objetivos políticos de los rebeldes, descartándolos como «hombres ambiciosos», «ladrones» o «traidores», y exigieron que el Gobierno haitiano proporcionara una restitución monetaria por todo el asunto. El canciller dominicano le insistió a los cónsules extranjeros que

---

<sup>386</sup> «Orden del día del General de División Domingo Ramírez», dado en el Cuartel General de Cercado, 12 de junio 18 [60], AGN: RREE 14/15/16 (7/008378), Expedte. 1, p. 1.

una prohibición total en la comunicación con Haití evitaría más desorden<sup>387</sup>. Más aún, alegó que una «movilización general en toda la República» había aplastado la «traición por todo extremo infame y criminal del ex-General Domingo Ramírez» y que «el soldado dominicano... está siempre dispuesto a combatir al enemigo Común», malinterpretando intencionalmente la propia identidad de Ramírez<sup>388</sup>. Mientras, otro ministro admitió, incómodo, que el movimiento era dominicano<sup>389</sup>. Los residentes de Puerto Plata comenzaron a advertirse unos a otros que se iba a restablecer la esclavitud<sup>390</sup>. Ante la creciente agitación, los funcionarios de la capital respondieron declarando que difundir rumores sobre el regreso de la esclavitud era un crimen capital<sup>391</sup>. El enemigo común no quedaba claro en lo absoluto.

---

<sup>387</sup> Ministro de RREE a los Cónsules de Inglaterra y Francia, 23 de junio de 1860, AGN-RD: RREE Expdte. 2. El documento cita a varios funcionarios dominicanos (Alcántara, Ramírez, el comandante de las Caobas) y solamente un oficial haitiano, el coronel Joseph Chateau. Sin embargo, el ministro dominicano exigió 400,000 pesos fuertes.

<sup>388</sup> M. Lavastida, «Memoria que dirige el Ministro de Guerra y Marina al S. E. el Presidente de la República», 27 de febrero de 1861, AGN-RD: Leg. de / 1371 (1861-1913), Expdte. s/n. Evidentemente, Ramírez fue totalmente derrotado, aunque muchos se refugiaron en Haití (Abram Coën a Min. de RREE, Curazao, 11 de julio de 1860, AGN-RD: RREE 14/15/16 [7/008378], Leg. 15, Expdte. 2, p. 19).

<sup>389</sup> Min. de Marina al Min. de Guerra y Ultramar, 24 de agosto de 1860, AHN: Ultramar 3526, Expdte. 1.

<sup>390</sup> Copiador, 14 de septiembre de 1860.

<sup>391</sup> Martínez-Fernández, «Caudillos», 571.

